

RENE BALLIVIÁN CALDERÓN

PENSANDO EN VOZ ALTA

1977

RENÉ BALLIVIÁN CALDERÓN

PENSANDO EN VOZ ALTA

1977

© Rolando Diez de Medina 2013
La Paz - Bolivia

INDICE

INTRODUCCION

Objeto de este Aporte.

I. DICOTOMIA ESPIRITU - ALMA.

Trascendencia e Inmanencia - Panteísmo y Antropomorfismo - La Fe y la Razón - Alma y Cuerpo - Más sobre la Dicotomía Espíritu - Alma - Las Sombras del Alma - Sombras sobre el Cuerpo - El Desequilibrio como Fuerza Dinamizante - Goce de la Vida - ¿Pueden las Almas entrever el Futuro? - ¿Atravesan las Almas por un Purgatorio?

II. SOLIDARIDAD HUMANA.

La Palabra Clave - El Amor Humano - Solidarismo Universal - Amor Platónico y Amor Cristiano - Amor Divino - El Llamado - Las Plegarias - Circunstancias en las que surgen las Grandes Religiones - Digresión Acerca de Plotino, el Neoplatonismo y el Neocristianismo.

III. EL PROCESO EVOLUTIVO.

Consciencia y Superconsciencia - Evolución por Efecto Cuantitativo - Evolución por Efecto Cualitativo - El Efecto Cuantitativo y Cualitativo es, en Cierta Medida, Defraudado - Nota Acerca de los Costos Sociales de la Evolución - Deriva General del Materialismo hacia lo Anímico - Evolución y Progreso - ¿Está Dios en Evolución?

IV. EVOLUCION Y PROGRESO EN LA FILOSOFIA DE LA HISTORIA.

Nota Introductoria - Diversas Tendencias - La Metafísica Evolucionista - La Evolucionista (Vico – Hegel - Marx) - La de los Progresistas - Linealistas - La de los Cíclicos (Spengler - Toynbee) - La de los Eclécticos - La Naturaleza Cíclica -Espasmódica de la Historia.

V. CONVERGENCIA.

Su Contenido, sus Proyecciones, su Grado de Intensidad - La Guerra - Unidad en la Diversidad - La Ambivalente Reacción ante la Comprensión Humana - Interfecundación en el Tiempo y en el Espacio - Convergencia del Poder - Hacia un Sincretismo Religioso - Convergencia Anímica en el Hombre - Requisitos de la Convergencia: Complejidad y Socialización - El Sentido Final de la Convergencia.

"... parece probable que en el futuro, como en el pasado, la vida ha de obligar a los seres humanos a dar respuesta a las últimas cuestiones en los intuitivos, no verificables términos de la religión".

A. Toynbee: Mankind and Mother Earth.

INTRODUCCION

Objeto y Sentido de este Aporte

Hay en el ser humano una natural aspiración a vincular su propia consciencia al Espíritu() del Universo y a interpretar el sentido último de la realidad. Al participar de ese anhelo he pensado, muchas veces, en voz alta, inducido por mis sempiternas vocaciones filosófico - religiosas y arrastrando las riesgos inherentes a un ejercicio intelectual tan cargado de suposiciones apriorísticas, de intuiciones difíciles si no imposibles de confirmación.*

Reposa esta aspiración en la convicción de que el hombre se encuentra en una situación privilegiada para adentrarse tanto en su propia problemática mundanal como para escudriñar el sentido de su destino en una proyección supra-terrena, puesto que, anímicamente, es un centro de transmutación entre las circunstancias inmediatas de su existencia planetaria y las últimas realidades del Espíritu Universal. Encuéntrase, en efecto, a medio camino entre ambas merced al hecho de habérsele dimensionado física, anímica y temporalmente a una escala intermedia entre las moléculas y los espacios siderales; entre las primarias manifestaciones vitales y la incandescencia suprema de la Divinidad; entre la fugacidad de un destello de vida que se extingue en el instante mismo de su alumbramiento y la eternidad.

En un contexto pragmático a la par que más constreñido por encontrarse vinculado a las circunstancias de un destino terrenal, los alcances de este empeño inquisitorial y escudriñante podrían llevar por título el de "Metafísica del Desarrollo", al parecer incongruente pero justificado por el objetivo último del proceso desarrollista que, en su esencia, y no podría ser de otra manera, conlleva la necesidad de un ensanchamiento y una profundización de la capacidad espiritualizante del Alma humana. Es en esa proyección que el desarrollo, trascendentalizado, se reviste del significado que la humanidad debe conferirle. De ahí, en efecto, el carácter multifacético que el desarrollo asume o está llamado a asumir en busca de las "últimas realidades" que, necesariamente, se encuentra al otro lado de las fronteras de la cognoscencia humana, vale decir, en una metafísica. Por ello mismo, una metafísica del Desarrollo no es tan absurda o antinómica como, a primera vista, nos pueda parecer, ya que es una exigencia del alma que, nutrida en las luminosidades del Espíritu, exige que la rutina se vea revestida de un sentido que sólo puede encontrársela en la proyección de una realidad que participa de la trascendencia y en la que el mundo, y el ser humano, como tal ser humano, están de hecho inmersos, aunque las más de las veces, sin percibir su sentido, su orientación o sus metas. En suma, el desarrollo que no despierta, que no pone en marcha una incesante encuesta en busca de las supremas verdades no ha trascendido los límites del Progreso; ha renunciado a los objetivos de un verdadero desarrollo que, en definitiva y en su esencia, lo es del Alma en espiritualización y en amorosidad. No es que se suponga que las inflorescencias de esas capacidades inmanentes han de fructificar en realizaciones salvadoras; aunque sí, al tocar en el teclado anímico notas capaces de alumbrar la consciencia con inquietudes y anhelos, se iniciará un largo peregrinaje enriquecedor. Peregrinaje que seres en cierto nivel de realización, aunque todavía desconcertados, han iniciado pero que, en las fructificaciones de ese desconcierto, más han podido ciertas proclividades iconoclastas, ciertas rebeldías muchas veces mal articuladas, antes emponzoñadoras de la convivencia social que enriquecedoras de ella.

De ahí que el Desarrollo se realiza en jornadas llenas de escollos y de insospechadas amenazas. Una ruta en la que la negación destructora de arcaísmos suele derivar en una peligrosa entrega a inciertos futurismos. Tal, empero, el precio de la Evolución, en la que el Desarrollo está

(*) Se emplearán mayúsculas toda vez que se quiera destacar o enfatizar un concepto o distinguirlo en una acepción diferente.

implícito, como en éste se encuentra implícito el Progreso, bien que carente de metas definidas en una proyección amplia. Sus parámetros están dados por los valores, propios de una civilización que, en sí, son efímeros dentro del proceso evolutivo de la humanidad.

Pues bien, lo que aquí se pretende es aportar un intento de ensamble de ciertos sistemas y corrientes de pensamiento que, de una u otra manera, han sugerido interpretaciones del significado, metas y destino del ser humano. De este propósito surge una Visión congruente que es a la vez estimulante. No hay en ella nada fundamentalmente nuevo; sólo reclama en su favor la virtud de que de esa congruencia entre sistemas ya conocidos emerge una reconfortante interpretación de la realidad y la trascendencia del hombre. Tal, al menos, es nuestra convicción. Abrigamos la esperanza de que se vea compartida.

La Paz, julio de 1977.

I. LA DICOTOMIA ESPIRITU - ALMA

TRASCENDENCIA E INMANENCIA

Ya lo hemos insinuado. Partimos de la presunción de que en un dado instante, en los albores de la eternidad, tuvo lugar una bifurcación. En ese remoto instante crucial Dios hizo a la Humanidad participe de Su Alma. De este hecho es que deriva la inmanencia de Dios en el hombre, en tanto que el Espíritu Divino retiene su unicidad en eternidad e infinitud y se constituye en la fuerza irradiante, luminosa y, respecto del ser humano, lo trascendente. Dios, sin embargo, "debe entrar en la Humanidad", al decir de Teilhard, si es que ésta ha de redimirse. En efecto, la esencial amorosidad Divina se ha manifestado al hacer al hombre participe de Su Alma. De ahí que el Espíritu -trascendencia y el Alma - inmanencia constituyan los dos centros desde los que la necesaria doble ruta de comunicaciones se realiza recíproca y creativamente en el Universo.

Es en el Espíritu que reside la fuerza activa, energizante, dinámica y catalítica que ilumina la vida, la potencia y la eleva, mientras el Alma es la intermediaria pasiva, receptiva, neutral entre las irradiaciones divinas y el cuerpo del que ha hecho su mansión terrenal y cuya extraordinariamente compleja estructura cerebral le ha dotado de una Consciencia Reflexiva capaz de recibir e interpretar las irradiaciones del Espíritu.

Este dualismo, que emana sin embargo de lo Uno y lo Único, brinda al esfuerzo simbiótico de la Creación no sólo una posibilidad de comunicación y de comunión, sino que las condiciones y circunstancias de la propia creatividad, tales como las de mutación, cambio, variedad, heterogeneidad, metamorfosis, perpetua transmutación morfológica y, quizá sí, por encima de todo ello, el perenne conflicto entre **los opuestos** que la tendencia universal dialéctica logra reconciliar merced a un vasto proceso unificante y convergente en perpetua Evolución merced al efecto depurador y superador inherente en la dinámica de la dialéctica universal.

¿De qué manera la bifurcación y el resultante dualismo de lo trascendente e inmanente da lugar a esta heterogeneidad fecundante? Merced a las irradiaciones del Espíritu, en cuya esencia universalista están dados los elementos de variedad y las antinomias que el Alma, en su pasividad neutral, elabora gracias a ese poderoso don de la consciencia reflexiva.

Estas irradiaciones del Espíritu –del "Espíritu Santo" en la Trinidad Cristiana- se canalizan y cobran vigencia a través del laborioso proceso de la reflexión racionalizante o, saltando etapas, se manifiestan en una iluminación intuitiva destellante, en grandes revelaciones o mandatos tales como las captadas por los Profetas del Antiguo Testamento, por Mahoma, por Santa Juana, etc. **Voces** que, según un moderno investigador, el profesor Jayness, eran en efecto la forma en la que

antes del alumbramiento de la consciencia que, presume, tuvo lugar entre los años 2.000 y 1.000 a. de C., se manifestaban las irradiaciones del Espíritu pero que, posteriormente, han persistido en cerebros que siguen siendo bicamarales y en cuyo compartimiento derecho esas "voces" perduran en la forma de intuiciones geniales. Al parecer, descabellada esta teoría -¿lo es en verdad?- repararemos en que la conciencia reflexiva es, en la experiencia individual, una florecencia tardía. Si se proyecta esta realidad al conjunto de la especie en su evolución histórica podemos suponer que, en su correspondiente estadio morfológico, el alumbramiento receptivo y transmutador, en la madurez de sus capacidades, tuvo lugar, asimismo, en una etapa determinada y no, como lo hemos supuesto, en la alborada neolítica urbanizante, conjuntamente con las primeras, significativas, compresiones humanas.

Si bien tales comunicaciones, en un plano supra-consciente tienen la virtud de que en ellas las luminosidades espirituales son captadas en su prístina esencia fructificante, corre el peligro de una incierta captación de mensajes, de una menor certidumbre acerca de sus reales alcances, como en el caso de Mahoma en los primeros instantes de su destino de profeta. En la ausencia del tamiz depurador de la reflexión racionalizante la validez del eco de esa voz trascendente queda en duda. Pueden también estas irradiaciones asumir la forma de luminosidades enceguecedoras y peripeteicas como en el caso de Pablo de Tarso en el camino de Damasco. Las advertencias premonitorias oníricas pueden ser tenidas por otra manifestación de estas irradiaciones directas del Espíritu.

La forma intuitiva de trasmisión es la que, sobre todo, se manifiesta entre místicos y artistas, entre los fundadores de las grandes religiones (sobre todo en el caso de Mahoma; de ahí que el Corán sea rico en la expresión de estas comunicaciones celestiales). Los creadores de inmortales obras de arte en la variedad de sus formas también se cuentan entre los grandes **inspirados**; bien que la inspiración no sea extraña a los hombres de ciencia, en los que una laboriosa elaboración sea la secuencia, muchas veces penosa, que sigue al instante luminoso del mensaje Divino.

Esta forma intuitiva es la que, primordialmente, se nutre de irradiaciones pasadas que, en una forma, por así decirlo, sedimentada, la humanidad preserva en un insondable **subconsciente colectivo**. De ese ignorado acervo, en avasalladora **voluntad**, en una **libido** social -al decir de Jung- surge un palpitante afán por cumplir el destino histórico del hombre, por alcanzar su meta teleológica. ¿Cuál es ella? Su reiterada manifestación desde las sociedades primitivas, pasando por el platonismo y hasta nuestros días, nos estaría indicando que es la inmortalidad, buscada a través de los más variados derroteros. Repararemos en que ese subconsciente halla expresión, sobre todo, en la forma de símbolos y de mitos, lo que explica que esté más al alcance de místicos y artistas y que influencie, tan poderosamente, a revolucionarios y guerreros cuyas consignas están tomadas de una rica mitología.

PANTEISMO Y ANTROPOMORFISMO

La idea que el ser humano tiene de su Creador se ha manifestado en una perpetua ambivalencia entre un panteísmo disgregante y un antropomorfismo auto-idolizante. Decir que "Dios está en todas las cosas" es casi lo mismo que decir que Dios no existe. Es como aquello de "amo a todo el mundo", lo que equivale a decir que, en realidad, no se ama en verdad a nadie. En todo caso, tal Visión de Dios es despotencializante del vínculo Divino-humano. La contraria Visión antropomórfica, en cambio, al sostener, por implicancia que, al estar el hombre "hecho a imagen y semejanza" de Dios asume Éste a su vez las formas corpóreas del ser humano, constituye, sin duda, el extremo posible de una actitud egocentrista y de ingenua auto-idolización al propio tiempo que por entero desprovista de imaginación.

El panteísmo degenera en una dispersa e inocua adoración de la Naturaleza que, aunque despotenciante del vínculo Divino-humano, está, sin embargo, despojado de ese elemento de soberbia auto-suficiente y auto-idolizante inherente en la concepción antropomórfica de Dios que,

en cambio, tiene la virtud de acrecentar poderosamente el nivel de incandescencia del vínculo entre el Creador y Sus criaturas. En efecto, la plena fructificación de las relaciones del ser humano en entrañable amorosidad con Dios demanda, como es lógico, no la dispersión **despersonalizante** sino, por el contrario, la centración **personalizante** en la Idea de Dios; en suma, una concepción antropomorfizante de la Divinidad parece ser una condición de esa devoción amorosa, intensa, plena y, en ocasiones, paroxismal que, en todo caso, es la condición de la esperanza de una **Visio beatifica**. La auto-idolización inherente a una concepción de Dios como reflejo de Sus criaturas, aunque indudablemente potenciadora del vínculo Divino-humano paga el precio de una desmedida arrogancia.

La concepción de Dios como epicentro consciente, final, uno y único al propio tiempo que eterno, tanto anímico como espiritual, y del que el ser humano participa en inmanencia y trascendencia, bien que para nuestra limitada capacidad cognoscitiva de naturaleza indeterminada, constituye una plausible Idea de la Divinidad, que aunque en cierto grado despotencializante del vínculo amoroso, esquivando, sin embargo, la excesiva despotencialización inherente en el panteísmo al propio tiempo que la ingenua auto-idolización inherente en el antropomorfismo.

LA FE Y LA RAZON

Estas irradiaciones del Espíritu que iluminan el Alma en la forma de fugaces destellos, tocan las recónditas teclas del subconsciente que es donde Toynbee, el filósofo-historiador británico, piensa que las verdades intuitivas y las verdades racionales pueden hallar una común área de mutua comprensión en busca de Dios, "el morador de lo recóndito" que, al propio tiempo es, por supuesto, creador tanto de la consciencia reflexiva como de la subconsciencia intuitiva. Ambas, por ende, debieran "dejar de escandalizarse recíprocamente" y aceptar más bien que cada una tiene su natural esfera de realización y dos planos en los que la Verdad -Verdad única- se manifiesta. Esta verdad única es, sin embargo, subyacente y recóndita; una roca sobre la que es dable edificar esquivando arenas movedizas. De lo que en última instancia se trata es de la unión del cerebro y del corazón, merced a la fuerza aglutinante del amor.

Partamos del hecho de que ni las verdades del corazón ni las del cerebro pueden expresarse en los términos del uno o del otro. Una teología concebida en términos científicos sería tan aberrante como una ciencia concebida en términos teológicos, y ello por la sencilla razón de que "el lenguaje del intelecto es un medio inapropiado para expresar la visión que el alma logra cuando es 'arrebataada por el tercer cielo' y "oye palabras inefables que no es lícito a un hombre hablarlas" (Corintios XII) y sería, en todo caso, efímero (tal intento) porque una de las particularidades del intelecto es la de que jamás se detiene, siempre pugna por acrecentar su conocimiento de la verdad..." (Toynbee). De otra parte, debemos añadir que el lenguaje metafísico, al trascender las realidades palpables y demostrables de la ciencia, no es lo que puede satisfacer las exigencias del pragmatismo; bien que la simbología matemática abre el camino hacia lo inefable mientras el lenguaje filosófico tiende un puente entre la trascendencia y lo demostrable.

No, la Verdad, por ser una y única y última, sólo podría concebirse en un único lenguaje -si en efecto ello es posible- ya que, en definitiva, por nuestros estándares, y en el ámbito de nuestra cognoscencia, tendría que ser comunicada en "palabras inefables que no es lícito a un hombre hablarlas". Lo cierto es que esa meta final lleva implícita la aceptación de una congruencia que relega la dicotomía o la antítesis entre religión y ciencia a la categoría de una transitoria crisis humana. Lo evidente más bien es que la ciencia, que en sus fronteras últimas reclama respuestas plantea disyuntivas que necesariamente la llevan a desembocar en el reino de lo insondable, tiene, por última morada, la recóndita morada de Dios. De ahí que el mejor y más sólido camino hacia la religión es el que reposa sobre la argamasa de la inquisitorial ruta científica. Los dos caminos, el de la Fe y el de la Razón, van a unirse en el amplio círculo desde el que irrumpirán -y en gran medida ya irrumpen- las diversas avenidas de la experiencia.

ALMA Y CUERPO

Ambos aparecen integrados en una misteriosa y maravillosa interfecundación sinérgica y es de tal manera el Alma la verdadera réplica de su mansión terrenal que, al emigrar de ella -ya sea transitoriamente en los casos de los llamados "desdoblamientos" o, en definitiva, al llamar la Muerte- las formas de ésta son conservadas en el alma migratoria; curiosamente, al parecer, en las de la plenitud del cuerpo abandonado y no en las de su incipiente o en las disminuidas. En todo caso, cuanto se ha visto y constatado acerca de esta simbiosis extraordinaria de alma y cuerpo no corroboraría la dicotomía que entre ambos propone el cartesianismo.

Ahora bien, el problema de difícil elucidación es el de si las almas migratorias, al conservar en su etérea esencia formas corpóreas preservan, al propio tiempo, ciertas facultades de éstas, tales como las de la memoria, la capacidad visual, auditiva, etc., que suponen la vigencia de atributos orgánicos cerebrales. Si bien es difícil suponer de qué manera podrían ellos estar incorporados a formas etéreas, debemos asumir que de alguna manera el alma no enajena su memoria terrenal, vale decir, su acumulado, imperecedero acervo de sabiduría, transferible y utilizable en una posible transmigración futura, siendo ésta una condición del proceso anímico ascendente del alma a través del tiempo y del espacio. Tanto Platón como los neoplatónicos así lo entendieron. También es el caso de Jung cuando alude a un subconsciente colectivo, nutrido a través de las edades y conformado por recuerdos y experiencias acumuladas en los "sedimentos" inferiores de la conciencia.

Tan estrecha interfecundación de alma y cuerpo aparece demostrada en los fenómenos psicosomáticos que ya para los antiguos griegos no eran desconocidos. Como quiera que está más a nuestro alcance y comprensión prodigar cuidados con mayor facilidad y certidumbre a aquél que entre los dos socios en esta alianza conforma la estructura física de nuestro ser, es menester hacer del cuerpo objeto de nuestra preferente atención como requisito de la salud del alma. Tanto las disminuciones físicas como las concomitantes disminuciones anímicas y, en última instancia, la quiebra de esta sociedad anímica-física en la peripecia última de la muerte, al poner punto final a su inter-fecundación simbiótica, reducen o anulan el poder creador del ser humano y, por ende, el valor de su aporte a la obra de Dios en la tierra. De ahí que nos preguntamos si la muerte en lugar de acercarnos a Dios, ¿no es que nos aleja de Él? En la declinación vital o en la quiebra final disminuyen, y se anulan, las posibilidades de responder a los **llamados** divinos y, en esa medida, el alejamiento debe ser visto como el precio de la quietud. Sólo la sinérgica inherente a la simbiosis de alma y cuerpo hace del ser humano un socio útil en la gran trama de la Evolución.

Bien es cierto que las declinaciones corroedoras de las fuerzas físicas proyectan **sombras** sobre las almas -a las que luego aludiremos- y que esas **sombras**, suelen, en ciertos casos, constituir la umbrosidad estimulante de una fructificación creadora. Empero, lo más frecuente es que los quebrantos físicos se reflejen en debilitamientos anímicos y en una excesiva pasividad del Alma cerrada a los estímulos de las irradiaciones del Espíritu. Sólo las almas muy fortalecidas perduran en su capacidad receptiva a pesar de las disminuciones físicas y, en tal caso, las **sombras** que de ello derivan convierten el reto del sufrimiento en estímulo creador. Naturalmente que no debe verse en estas peripecias una inexorable irreversibilidad, puesto que no sólo los bríos del cuerpo retornan sino que las almas desertoras en un futuro "reciclaje", en un nuevo **habitat**, estarán nuevamente disponibles para acudir a los **llamados** Divinos.

En suma, hay una "Energía material (tangencial) y una Energía espiritual (radial) que se sostienen mutuamente y, por medio de algo, se prolongan. En el fondo, de alguna manera, hay en el universo una sola Energía y la primera idea que se nos viene a la mente es la de representarnos el Alma como un foco de transmutación hacia el cual, a través de todas las avenidas de la Naturaleza, la fuerza espiritual converge para interiorizarse y sublimarse en belleza y en verdad" (Teilhard de Chardin: "El Fenómeno Humano"). Sin embargo, al final de los tiempos, esa única Energía será Espiritual, puesto que por una ley de entropía, como el propio Teilhard lo reconoce, el aporte a la misma de la Energía material irá en gradual despotencialización. Condenada está a

extinguirse, en tanto que la del Espíritu, que surge de una eterna fuente Divina, se perpetuará en infinitud y gloria.

El Alma, empero, asimismo Alma de Dios, aunque en miles de millones de concreciones de mónadas individualizadas -acaso en otros mundos también- Alma pasiva y neutral, encuéntrase en perpetua fluctuación entre arrebatos de gozo y sinsabores de desesperanza; a todo lo largo de su trabajosa ruta hacia la redención a través de sucesivas reencarnaciones. Siddharta Gautama Buda veía esta etérea ruta como una cadena implacable de la que, pensaba, es dable liberarse sólo a través del Nirvana anulador de la vivencia anímica y, con ello, de toda capacidad creadora (*). ¿Explica ello el fracaso -hasta ahora- de la sociedad hindú?

El Alma, si verdaderamente ha de redimirse en su retorno a su Divino punto de origen, no puede aspirar a su propia negación, no sólo por la imposibilidad de alcanzarla sino porque de esta manera renunciaría a una ordalía sublimante y enriquecedora que se ofrece como una perspectiva mucha más satisfactoria. Los retos a los que está llamada a hacer frente, energizan y despiertan capacidades creadoras, bien que mientras se mantengan en los niveles de un desequilibrio potencializador que, en su rigor, no anulen las reservas anímicas del ser. Si ellas son rebasadas, como en el caso de sociedades o civilizaciones enteras de esta suerte acosadas, el desquiciamiento y, finalmente, la desintegración vienen a ser el corolario funesto de embates potencialmente positivos pero que, si excesivos, se convierten en verdugos que llevan consigo una antelada sentencia de muerte que, en el caso del ser humano individual, suele asumir la cruenta forma del suicidio. Zenón de Elea, hace unos 2300 años, justificaba esta alternativa en la que las energías físicas se liberan de pruebas que, acaso, habrían de seguir acosando al alma. En el suicidio, el etéreo huésped es arrojado de su mansión terrenal al mundo de las sombras, en el que le espera un nuevo e incierto peregrinaje. La brutal evicción supone, empero, que la propia abrumada alma ha optado, por la incertidumbre de lo ignoto antes que por la certidumbre del hastío o de la adversidad.

(*). "En una curiosa antítesis uno (de los sistemas) buscaba (en el caso del cristianismo) la salvación del alma, en una bienaventurada eternidad, mientras el otro (el budista) en la liberación final del sufrimiento en la aniquilación...." (Sir J. G. Thomas Frazer *The Golden Bough*.) La ruta, sin embargo, hacia esos dos dispares objetivos era coincidente puesto que conduce a la renuncia, al retiro monacal y la ascesis.

MAS SOBRE LA DICOTOMIA ESPIRITU – ALMA

Nietzsche y, posteriormente, Klages, sugieren un curioso enfoque de esta dicotomía al afirmar que el Espíritu (**Geist**) expresa lo racional - trascendente, perturbador y destructor de la vida creadora del Alma (**Seele**), que es irreducible a lo racional, a lo impersonal, a lo objetivo, atributos propios del espíritu puro. El alma, por el contrario, en entrañable vínculo con el cuerpo, es tenida por creadora de símbolos y de mitos, en contraposición a lo espiritual racionalizante; de donde se desprende que la relación que existe entre alma y espíritu refleja la que se da entre el romanticismo y el clasicismo.

Lo singular de este enfoque reside en que constriñe lo trascendente - espiritual al marco estrecho de la racionalidad que es, por esencia, antinómica respecto de aquél y ante el cual lo inmanente -anímico aparecería irreducible, siendo así que el alma se nutre con los destellos luminosos del Espíritu. El alma nada inventa; es un centro o foco de transmutación que brilla con luz prestada, que se alimenta y fulgura con los resplandores de una espiritualidad que, en función de los límites de la cognoscencia humana, no trae consigo, necesariamente, elementos que han de ser tenidos por racionales.

Cierto es que en el pensamiento neoplatónico el Espíritu aparece implícitamente ligado al concepto de **inteligencia** que, en un sentido estricto, entraña el de cognoscencia. Empero, en un sentido amplio ella no es, necesariamente, **racional** en tanto que las elaboraciones de los mensajes del Espíritu, en el alma receptiva y transmutadora, no siempre se ajustan a los cánones o

parámetros que la cognoscencia humana tiene fijados, de suerte que, respecto de ellos, pueden parecer irracionales.

Todo parecería indicar que son tanto el Espíritu - irradiante como el Alma - transmutante los que, bajo el impacto de energías psíquicas autónomas y desbordadas, salidas del subconsciente colectivo, brindan vigencia a antiguos símbolos y mitos bullentes en las capas sedimentadas, por así decirlo, en las que su secular convivencia petrificó sus remotas vivencias.

LAS SOMBRAS DEL ALMA

Son éstas variadas, potencialmente desquiciadoras al propio tiempo que, ya lo advertimos, creadoras en la medida en la que los retos no excedan las fuerzas anímicas individuales o colectivas.

Hay sombras lacerantes que despiertan en el Alma sus amorosas capacidades en sus formas más bien pasivas de compasión y de remordimiento, de piedad y de congoja; sombras que surgen y se proyectan sobre el alma delicada y sensible en su amorosidad, trasunto de su origen divino, despertando no únicamente sentimientos de conmiseración sino que de culpa.

A estas sombras, que en su proyección se transforman en un vasto sentimiento solidarista que envuelve y anuda a la humanidad se añaden otras, antitéticas, de auto - conmiseración, proyectadas por nubarrones de amargura que se descargan en tormentas de rebeldía. En ellas, el egoísmo reemplaza a la simpatía y a la **empatía**. El alma, ansiosa de entregarse al prójimo, se retira sobre sí misma en el recóndito cascarón de su interioridad.

Hay las sombras que la adversidad sin duda proyecta sobre las almas y los cuerpos. El contorno en el que ambos germinan y fructifican no siempre es propicio y, sobre todo en las etapas formativas de la vida, ellas suelen dejar marcas indelebles. Hay las sombras que proyectan las excesivas entregas a varias formas de hedonismo, debilitantes de alma y cuerpo; hay, en fin, las densas sombras de enfermedades y dolencias físicas a las que más adelante aludiremos.

Tenemos sombras transitorias pero que, en su intensidad, suelen exceder el común lóbrego rigor de sus embates. Ellas son las que los padecimientos, la muerte o las ausencias de seres queridos proyectan sobre el alma.

¿Es preciso recordar que estas sombras del alma no traen consigo, necesariamente, infecundidad y aniquilamiento? Muy por el contrario, es precisamente en la umbrosidad de ellas que la fertilidad, en la variedad de sus formas, germina; bien que, por lo general, aquellas de un carácter más bien subjetivo e intuitivo; incisivas más que receptivas; de alienación en lugar de cohesionantes. Es en estas sombras del alma que el heroísmo y la inspiración creadora encuentran condiciones propicias a sus realizaciones más felices. Santos y guerreros, artistas y misioneros encuentran en ellas estímulo y fuerzas. De ahí que estemos justificados al ver en ellas más el heraldo de una futura creatividad que el de una condena a muerte. En verdad, parecería que aquellos sobre los que estas sombras se han proyectado adquieren, de alguna manera, un contacto más estrecho con esas misteriosas fuerzas ocultas -inconscientes y supra-sensoriales- que en los rincones más íntimos del Alma están por siempre activas, revelándose en actitudes que se encuentran en el dintel entre la sublime locura y el convencionalismo razonable.

Consideremos de pasada el caso de los grandes revolucionarios: ¿No interpretan ellos, posiblemente sin percibirse del real significado de su cometido misional, el consenso inarticulado que en el subconsciente colectivo suprapersonal reposa como un legado ancestral en busca de una actualización redentora?

Sea como fuere, lo evidente es que esta singular legión ha vivido, y de alguna manera dado forma, a sus grandes contribuciones, en medio de densos nubarrones, de sombras agobiadoras. ¿ Debemos de ello desprender que un diferente tipo de hombre, aquel, por ejemplo, que conforma la de los científicos, grandes administradores o investigadores, ingenieros y empresarios; en otras palabras, todos aquellos cuyas actividades están enmarcadas dentro de los cánones fijados por una constatación y comprobación objetiva en resultados demostrables, más que alentados en los vuelos de la imaginación y de la intuición, se encuentran, por ello mismo, alejados de los íntimos recovecos del alma? Ya lo vimos, en relación con las irradiaciones directas intuitivas, si en alguna medida este es el caso, no lo es porque esta diferente pléyade humana esté inmune, como no podría estarlo, a los efectos desquiciantes y distorsionadores de las sombras que se proyectan sobre el alma, sino porque de alguna manera su psiquismo no tiende a transformarse en estados de ánimo iconoclastas o alienantes. Están, al parecer, mejor dotados para recibir aquellas irradiaciones del Espíritu que demandan una menor carga emocional y una más equilibrada visión de la realidad y del mundo. En ellos es posible un mejor ajuste psíquico entre su interioridad y las circunstancias. Como ya lo dijimos, la propia naturaleza de sus actividades, exigente de una corroboración empírica, constriñe los vuelos de la imaginación y la entrega a vaivenes emocionales que fructifican en las sombras. El rigor de estas disciplinas parecería inducirlos a volver la espalda, consciente o inconscientemente, a corrientes irracionales - desde el punto de vista de la sabiduría convencional.

SOMBRAS SOBRE EL CUERPO

Sobre éste, como perenne espada de Damocles, acechan las enfermedades y los dolores, castigos y tormentos y, en última instancia, la muerte. Éxodo sin retorno a la abandonada morada del Alma, quiebra final de la fecunda sociedad sinérgica. La extrema pobreza y la extrema vejez disminuyen y hasta aniquilan los atributos físicos del ser, trocando en desechos humanos lo que en un tiempo fueran tenidas por recias y gallardas formas o, acaso, hechizante belleza. Degradación y degeneración de la energía tangencial física destinada a perecer, incluso como tal energía, en el decurso del tiempo pero que, en el ser individual refluyen estas flaquezas en el Alma, a su vez reduciéndola y oscureciéndola; limitando o constriñendo su capacidad receptiva de las irradiaciones potencializadoras del Espíritu. Víctor Hugo ya lo decía: estos cuerpos en decrepitud y aniquilamiento, en ancianidad y disminución, perduran en el mundo con el simple objeto de justificar la preservación de un alma a la que, añadiremos, no le ha sido hallado aún un destino ulterior y mejor.

Una de las grandes lacras de la humanidad es su pertinaz saña con el cuerpo humano -el propio y el de sus congéneres en esta gran aventura. ¿Por qué es ésto? En el fondo, hay en ello una extraña morbosidad mezcla de hondos rencores y de anormales incitaciones. En sus poderosas ansias, el Alma, no satisfecha, como en tantos otros momentos, con las formas convencionales de realización de una libido acosante, acude a toda forma de perversidades satánicas en las que hace del cuerpo humano la desdichada víctima. No se manifiestan ellas, únicamente, en el ámbito íntimo sino que, consciente o inconscientemente, se les da rienda suelta en todo género de exhibiciones públicas a través de los tiempos. Desde el circo romano y las justas de caballeros y las ejecuciones públicas en todas las épocas hasta, en la actualidad, en la cinematografía de la violencia y en espectáculos de boxeo y lucha romana; llamadas como están, a satisfacer las morbosidades de una humanidad que, ya veremos algo al respecto, junto a sus amorosas vocaciones y, como la otra cara de la medalla de la simpatía y la conmiseración, encierra ansias de violencia, castigo y venganza.

LA FUNCION ENERGIZANTE DE LOS "OPUESTOS" Y DEL DESEQUILIBRIO

Tanto el cuerpo como el alma hállanse pues sujetos a los antagonismos de un contorno básicamente hostil; a la vez físico y anímico. El conflicto energizante de los "opuestos" se manifiesta en todos los ámbitos de la interioridad y de la realidad circundante como se manifiesta también, y por ventura, esa alerta tendencia gemela hacia la reconciliación en una dialéctica universal subyacente pero activa. En ella, la virtud suprema reside en que logra no sólo una ulterior unión de los opuestos sino una síntesis en niveles más elevados de fecundación dentro del proceso general evolutivo anímico de la humanidad. Esta tendencia ascensional de la dialéctica fue expresada, en forma cruda y sencilla por Engels: Tomemos -dijo- una magnitud algebraica, por ejemplo: **a**, negémosla, se convierte entonces en **-a**; negemos ahora la negación multiplicando **-a** por **a** y obtendremos **a²**, una magnitud de un orden superior a la de la original.

Vinculada a la "ley" de las contradicciones, como función energizante, encuéntrase la "ley" del desequilibrio. En su manifestación primera, tanto por su esencia como cronológicamente, puede advertírsela en la alborada de la hominización. Jung nos lo advierte cuando dice que el desarrollo de la energía psíquica es una consecuencia del **desequilibrio** entre el caudal de energías biológicas o naturales y las exigencias de la biosfera en lo que atañe a las condiciones de supervivencia de la especie. Aquellas las exceden y el superávit se transforma en energía psíquica volcada hacia el ámbito de la noosfera, en el que la cultura germina.

En el más inmediato, del proceso de Desarrollo, se advierte, asimismo, que cada paso hacia adelante plantea de inmediato una acción tendiente a restablecer el equilibrio esencial en la secuencia de pasos. Esa acción correctiva, empero, es la consecuencia de un previo desequilibrio. En otras palabras, una respuesta positiva dará lugar, por así decirlo, a una segunda vuelta de la rueda en la que, sin embargo, se pondrá en evidencia un nuevo desequilibrio que invocará una respuesta y así sucesivamente, hasta el momento en el que la secuencia total de desequilibrios llegue a un punto crítico y a una posible desintegración. Un nuevo comienzo se pondrá entonces en marcha bajo diferentes reglas del juego y al amparo de un sistema de valores distinto. Tendremos ocasión de percibir este proceso en el caso de civilizaciones enteras. En el Desarrollo, ya lo señaló un notable economista, Hirschman, hay una "cadena de desequilibrios", que es en la que se resuelve el proceso, en el sentido de que cada uno de sus trabajosamente forjados eslabones demanda o crea las condiciones necesarias para una nueva forja en la secuencia del mismo.

GOCE DE LA VIDA

Nada nos dice que las almas debieran mantenerse en perpetua contemplación beatífica, en retiro y en ascesis, indiferentes a las glorias de la Creación, volviendo las espaldas a todo aquello que la Providencia y sus terrenales socios han puesto a su alcance. Tales tendencias ascéticas expresan, con frecuencia, ciertas enfermedades del Alma, atormentada en sus sombras, renuente a concebir la posibilidad de que es en las energías de un mundo pletórico que le será dado enriquecerse y fructificar.

Esencial es mantener activa y actuante la carga vital, potenciando las reservas sinérgicas de su simbiosis con el cuerpo, manteniendo latente las incitaciones de la libido sin que en esto deba verse límites cronológicos. Simone de Beauvoir ya lo dijo en su obra acerca de "La Vejez" que la preservación de la creatividad y el disfrute de las ansias de amorosidad entre los sexos es una exigencia de la plenitud anímica. Cada una de las jornadas en el itinerario del alma en evolución es naturalmente enriquecedora, sean cuales fueren las circunstancias que la rodean; de ahí las hondas satisfacciones que derivan de la sabiduría nutrida en las acumuladas experiencias. Es por ello que cuando el poeta dice "... cómo a nuestro parecer cualquier tiempo pasado fue

mejor..." debemos en esa nota elegiaca ver una efimera resonancia de un instante de tribulaci3n antes que el reflejo de una perdurable realidad.

La variedad plet3rica del Universo brinda al Alma sus energías creadoras acercándola a Dios a trav3s de tres anchurosas rutas: la de la Acci3n, la de la Reflexi3n y la de la Contemplaci3n, que no ha de ser desechada sino que ha de apoyarse en las otras dos, mantenidas en ebullici3n y plenitud, creando las condiciones propicias a la receptividad de los **llamados** (**calling, beruf**, etc.), de Dios.

¿PUEDEN LAS ALMAS ENTREVER EL FUTURO?

Concluido su peregrinaje terrenal, abandonada su derruida mansi3n, debemos suponer que las almas llevan consigo todo el bagaje de sus mundanales experiencias y que se mantendr3n a la espera -por as3 decirlo, de un reciclaje- en una nueva orfalia. Hay que suponer, tambi3n, que en esta secuencia de reencarnaciones -en este mundo y acaso en otros- alcanzará, a trav3s de sucesivas esferas de creciente excelencia y glorificaci3n, su realizaci3n final en Dios.

Si en efecto esto es as3, podemos sospechar que al pasar las almas de su experiencia terrenal al mundo inmarcesible de lo et3reo, no enriquecer3n su capacidad receptiva de las luminosidades del Esp3ritu. En suma, el tr3nsito de la vida a la muerte no parecer3a conllevar acceso alguno a capacidades tales como las prof3ticas en medida mayor que aquellas de las que las almas estuvieron dotadas durante su peregrinaje terrenal. No obstante, quienes se entregan a pr3cticas de un car3cter supra-sensorio tales como las **s3ances** u otras, suponen que las almas cuya presencia se invoca, est3n, por el hecho de su migraci3n, dotadas de capacidades prof3ticas que durante su tr3nsito en el mundo no les eran reconocidas. Lo evidente es, cuando menos en nuestra experiencia, que en esas ritos de nigromancia se producen en efecto manifestaciones que, merced a poderosas irradiaciones de fuerza an3mica, objetos inanimados tales como mesas o sillas de pronto parecen cobrar vida y desplazarse, lo que confirma, de una manera insospechada, la esencial unicidad de la Energ3a en el universo, as3 como las ideas animistas, pero defrauda las aspiraciones de quienes pretenden trasponer los l3mites que una paternal mano protectora ha sefialado a las capacidades cognoscitivas humanas. Vano intento que en algunas espor3dicas premoniciones, fugaces visiones del futuro o luminosas inspiraciones prof3ticas se ha visto, sin embargo, satisfecho. ¿Revelar3an estas efimeras trasgresiones que en la infinitud del Tiempo todo ha ocurrido en una especie de **corsi** y **ricorsi** eterno? Si esto fuese as3, el providente silencio o el amoroso velo que mantiene latentes las energías an3micas, no lograr3an ocultar por entero el futuro a la percepci3n de los mortales o de sus almas errantes.

¿ATRAVIESAN LAS ALMAS POR UN PURGATORIO?

Si aceptamos la idea de la reencarnaci3n plant3ase el concepto hindú del **karma**, seg3n el cual traen las almas consigo, de peregrinajes anteriores en formas corp3reas, culpas que reclaman expiaci3n. Plotino pensaba que es 3sta una prueba impuesta a las almas y que, en relaci3n a la gravedad de esas culpas, su expurgaci3n asumir3a un car3cter degradante al tener lugar, no ya en cuerpos humanos sino en los de animales, y a3n en los de las m3s bajas especies.

En lugar de esta visi3n anti - evolutiva del proceso expiatorio m3s l3gico es suponer que la redenci3n es lograda en un Purgatorio terrenal en la forma, precisamente, de esas **sombras** del alma y del cuerpo que al propio tiempo que incitadoras de creatividad son, en el sufrimiento, purificantes.

Pero si las almas proceden del Alma celestial ¿es dable suponer que han de redimirse a trav3s de penas y tribulaciones en una existencia terrenal? La respuesta podr3a ser: en efecto,

aquella parte de Dios disgregada en una multitud viviente se ha consubstanciado en finitas y potencialmente pecadoras concreciones corpóreas. De ahí la necesidad de redención a través de sucesivas esferas sublimantes hasta alcanzar la plenitud del retorno beatífico.

* * *

Ha sido nuestro intento describir la odisea del Alma. Corresponde ahora repetir que en la palingenesis de su maduración intemporal es ella, por esencia y no obstante su pasividad y su neutralidad, Amor puro y fecundante como testimonio de su origen Divino. El Odio, tantas veces lo veremos, es el "opuesto" energizante en aquella emoción salutífera y cohesionante del que el Universo deriva su capacidad evolutiva (sublimante) y convergente (redentora).

II. SOLIDARIDAD HUMANA

LA PALABRA CLAVE

Cuando ha llegado el instante en que lo que pretendemos es escudriñar el amplio proceso merced al cual la Evolución del Alma tiene lugar dentro de un movimiento centrístico, convergente que anuda a la humanidad y la envuelve, nos encontramos con una palabra clave y ella es Amor. Recordemos, no obstante, que en otro momento aludimos a una fuerza no menos intensa y que reviste, asimismo, amplitud universal y ella es la que en medio de las proteicas manifestaciones de la unión cohesionante pone en evidencia contradicciones y el encuentro de los **opuestos** al que se refería Platón. Tendremos ocasión de advertir que la complejidad del proceso fecundante de la liberación en la redención de las almas conlleva elementos de negación y de heterogeneidad en la variedad de sus instantes y de su propia morfología. Admitida esta realidad que en apariencia es no sólo distorsionadora sino desquiciante, tendremos que ver en los "opuestos" el reflejo de estadios o etapas funcionales de una misma y **única** realidad.

Nadie, en tiempos recientes, ha descrito de manera más vívida que Teilhard el papel de la amorosidad en el proceso evolutivo y convergente de la Humanidad. "Las energías de naturaleza interconcentrica dice- son las que debemos reconocer, captar y desarrollar antes que otra cualquiera si queremos contribuir de manera eficaz a los progresos de la Evolución en nosotros mismos", ("El Fenómeno Humano"). En efecto, lo importante es identificar el papel crucial del Amor en la marcha de la especie humana, al cabo de aquella bifurcación que la concreción orgánica del Alma ha impuesto desde el comienzo de la epopeya hominizante en el mundo, como requisito de un sistema de comunicaciones divino - humano entre el Espíritu -trascendencia y el Alma - inmanencia. Pues bien, ese papel cohesionante del Amor surge de una energía hacia la atracción y la fusión que nos es dado observar en ciertas manifestaciones vitales; la atracción entre las moléculas en las formas primarias de la vida así como la atracción sexual en la esfera superior hominizada. Sin embargo, frente a esta realidad integradora podrá invocarse la de la repulsa que , al propio tiempo tiene lugar entre ciertos átomos, de la que derivan las dificultades frente a las cuales se encuentra la técnica fusionante de éstos como arbitrio de generación energética y a las que se busca solucionar acudiendo a ciertos isótopos cuyo mayor volumen dificulta la tendencia esquivante. Hay pues en el mundo una permanente deriva hacia la atracción y la repulsa que no se manifiesta únicamente en el universo microscópico sino en el de los seres humanos, así como en el ámbito sideral, en el que las estrellas de luminosidad aterradora, las novas, testimonian las energías de repulsa y explosión disgregadora.

EL AMOR HUMANO

Asume éste dos formas: la de un sentimiento solidarista basado en la simpatía y la conmiseración, que podemos tenerla por su expresión pasiva, y la de la atracción sexual que constituye su manifestación no sólo activa sino paroxismal.

Esta última forma de amorosidad surge de una misteriosa fuerza simbiótica que tiene la virtud de su efecto no únicamente energizante del Alma sino potencializadora y que, sin embargo, refleja de la manera más insistente y dramática aquella realidad a la que acabamos de aludir: la de la atracción que deriva, de alguna manera, en repulsa. Así como el amor sexual paroxismal es de plena entrega del uno al otro, se manifiesta frecuentemente en sentimientos de agresividad no menos intensos. A través de los tiempos ha sido advertido el drama de este conflicto, habiendo servido de perdurable motivo a la trama de novelas, de obras de teatro y a la lírica de los poetas. Empero, ¿puede acaso extrañarnos su acosante presencia?, ¿no es cada ser humano una especie de micro - universo cerrado en sí mismo, proyectando, en esa interioridad, su ego en egoísmo? Pero es precisamente en esta tendencia hacia la centración en todas las formas de la vida que se afirma nuestra convicción de que al verse proyectada en el universo, pone en marcha una tendencia concéntrica, reflejo de la que tiene lugar en toda realidad cognoscible y que está llamada a prevalecer sobre las fuerzas disgregantes o en oposición que, ya lo vimos e insistiremos en ello, reflejan las diversas formas y etapas de un proceso de tanta complejidad y amplitud.

La consciente o inconsciente certidumbre de la inexpugnabilidad de cada alma y de cada cuerpo, al que circunda una especie de coraza protectora de su interioridad, explicaría, cuando menos en parte, el por qué la **posesión** del otro es el afán obsesivo del impulso de amorosidad sexual entre las especies. La etérea transparencia de las almas permite una especie de consubstancialización potencializante entre las energías anímicas que, entre los cuerpos humanos, se anhela alcanzar mediante la cópula a la que, sin embargo, suele preceder una especie de cópula anímica en la forma de intercambios de miradas mutuamente **penetrantes**. Tanto entre las almas como entre los cuerpos debe **ingresarse** como condición del efecto fecundador y energizante. De ahí que en el afán de penetración es que reside la esencia misma de la pasión y del éxtasis puesto que, en última instancia, lo que se busca es una **complementación** potencialmente sinérgica. De ahí también el deseo de convertir el propio ser en parte de otro, rompiendo las corazas detrás de las cuales se protege el **sanctum** de las interioridades anímicas y corporales.

El amor humano potenciado en su manifestación sexual, al no verse satisfecho, desciende a formas muchas veces aberrantes o se exalta en una sublimación que lo convierte en amor a lo Divino. La idealización y la idolización del ser amado da lugar a esta transmutación. Tenemos el caso de la lírica trovadoresca de los siglos XI y XII, en la que los bardos a la vez enamorados y menesterosos dedicaban sus endechas a damas que, por su estado civil o condición social, les resultaban inaccesibles. En tal caso, el amor sin esperanza se transforma en amor religioso; básicamente en amor mariano. A través de la Virgen María, hacia la que las pasiones del Alma se trasladan despojadas de ansias carnales, sublimadas en la búsqueda de consuelos celestiales, se convierten en devociones religiosas que, en "La Divina Comedia" del Dante alcanza su expresión más lograda. El amor a Beatrice, el amor de Petrarca a la inaccesible Laura asume la forma de evocaciones místicas.

La falta de permanencia y seguridad en los vínculos amorosos humanos es debida no únicamente a las veleidades del alma sino a la finitud del cuerpo que conlleva, para los que quedan, la de la propia alma desertora. Este drama acosante y cotidiano, anega los vínculos humanos en un proceloso mar de zozobras, en el que la irreversibilidad y la impotencia lo tornan implacable.

SOLIDARISMO UNIVERSAL

Responde éste, bien lo sabemos, a las exigencias del alma conturbada por sentimientos de amorosidad compasiva que, generalmente, se expresan en afanes enmendantes. Poderosamente estimulados por el cristianismo han estado, sin embargo, siempre latentes a través de los tiempos; aunque nunca como hoy, y en la medida del crecimiento de las posibilidades económicas, le ha sido dado exteriorizarse tan vigorosamente en una forma a la vez institucionalizada y universalizada. De ella, bien es cierto, no está ausente un cierto "egoísmo ilustrado" -como le llama el economista Myrdal- pero es imposible negar que tanto en sus formas episódicas como permanentes, en ámbitos a la vez locales, nacionales e internacionales, proyéctase este solidarismo como una de las grandes realidades del mundo moderno.

Sin embargo, en su alcance internacional no ha logrado comprometer el apoyo amplio y sincero de los países ricos ni invocado la gratitud de los pobres, que parecen ver, en los programas de asistencia, más una actitud de mezquina incompreensión que la manifestación de un sincero afán solidarista. La circunstancia de que más de dos tercios de la población mundial conforma el llamado Tercer Mundo en el Sur menesteroso, en abierta o solapada beligerancia con el Norte opulento, torna esta confrontación de dos antitéticos mundos un problema explosivo de imprevisibles consecuencias. Los países pobres esperan que en el ámbito de los ricos tenga lugar un milagro consistente en la renuncia a condiciones de vida que, sin duda, su esfuerzo les ha brindado, mientras éstos atribuyen la ausencia de ellas entre los pobres, no a su infortunio sino a su holganza. En todo caso, parecería que ha de repetirse en el destino de las naciones opulentas un ominoso enfrentamiento, que en la Historia ya ha tenido lugar, con proletariados tanto internos como externos.

No debemos desprender de estas estrecheces, sin embargo, que el solidarismo carece de arraigo en el alma individual así de los ricos como de los pobres o que, proyectada en el alma colectiva, se manifiesta mezquinamente. Por el contrario, doquier vemos una proliferación de instituciones de beneficencia así como conmovedores gestos de generosidad y desprendimiento; la eficaz e inmediata puesta en marcha de asistencia internacional en favor de colectividades asoladas por las inclemencias de la Naturaleza. No podemos, en efecto, negar que en el mundo se manifiesta una vigorosa emoción solidarista cuyos límites están, por lo general, dados por el rigor de las propias necesidades. El egoísmo, ya lo hemos visto, es una inevitable e innegable flaqueza humana que se concreta en aquella frase de la sabiduría popular de que "la caridad comienza por casa", de suerte que muy pocos individuos y acaso nación alguna, comprometerá su propio bienestar o su seguridad en el afán de solventar problemas ajenos. Este es, no obstante, el milagro samaritano que los países pobres exigen que tenga lugar en los países ricos.

AMOR PLATONICO Y AMOR CRISTIANO

Platón desarrolló el tema del amor en "El Banquete" por boca, principalmente o, cuando menos, en sus pasajes más elocuentes, de un supuesto Sócrates -su maestro-. Su concepto -el concepto platónico- no del amor- es altamente abstracto, pero revestido de toda la clásica, equilibrada armonía helénica y acaso, por lo mismo, se nos ofrece estrechamente vinculado al de la Belleza, que se la entiende una y única, al propio tiempo que disgregada y particularizada en la variedad de sus formas, del mismo modo en que nosotros concebimos el Alma de Dios; esto es, en Su unicidad intemporal y eterna, al propio tiempo que dispersa en la multiplicidad de nómaditas individualizadas en busca de su redención en la forma de un reencuentro en la Unidad Divina y final.

¿La forma sexual del amor? Platón la considera engañosamente ennoblecida. ¿Es que en su intensidad paroxismal no condice con el armónico equilibrio helénico, que Platón refleja?

El Amor, sostiene Platón, deriva, en última instancia, del esfuerzo del mortal por alcanzar la inmortalidad. Ansia poderosa, universal (*) y aguijoneante que, en su secuencia de escalones o grados, conduce, en una ascensión continua y en perpetua delectación al gozo en plenitud de lo Bello. En ese camino sublimante le es dado, empero, disfrutar de una infinitud de goces estéticos a través de la variedad de sus expresiones y manifestaciones: formas bellas, almas bellas, obras bellas salidas de las emociones y de las manos humanas; la belleza, espiritualmente tan satisfactoria, de lo armónico en una legislación justa o la extraordinaria belleza de la indagación científica. Amor, en suma, de la Belleza como tal, en sí misma y en la multiplicidad de sus concreciones. En la medida en la que nos elevamos, empero, nuestra amorosidad cobra amplitud, se ensancha y se sublimiza avanzando de lo particularizado -individual hacia una concepción abstracta, pero anímicamente satisfactoria, de la Belleza - sabiduría.

Preparado así, en este proceso depurante, el iniciado alcanza de manera final y repentina, la Revelación, en una visión de la Belleza -divinidad, que es donde se encuentra su meta final; ya que es en ella que el ser humano alcanza esa inmortalidad a la que aspira.

El Amor cristiano, en cambio, es la vera antítesis de este amor platónico intelectualizado y abstracto. El Evangelio del Redentor se dirige a lo humano, sencillo, concreto; por así decirlo, a ras del suelo, que es de donde salen las grandes religiones, así sea su Profeta un príncipe, como en el caso de Siddarta Gautama Buda. Y es a esa intelectualización de la que el platonismo llega hasta nosotros cargado, que San Agustín atribuye su ineficacia como Credo capaz de impulsar las almas hacia una concepción cabal de la Sabiduría Divina. Fue el inductivismo aristotélico, a través de Santo Tomás de Aquino, el sistema que la teología cristiana acogió como el vehículo de una cabal comprensión de las últimas realidades.

El vuelco en la Historia con el advenimiento de Cristo (**) deriva del alumbramiento reconfortante de la amorosidad y de la compasión entre los hombres. No es ya el amor impersonal helénico; ni el amor Oriental centrado en un dios al que se llega, no a través del amor al prójimo, sino verdaderamente Amor en el sentido sencillo de una conmiseración hondamente sentida.

Es debido a esta reconfortante forma de Amor que se le ha enrostrado al cristianismo falta de vigor, de energía vital y el ser un credo para los disminuidos y los débiles; carente, en fin, de una capacidad de goce de la vida y de afirmación de las calidades positivas de la especie humana. Quizá si hay algo en todo ello, pero lo evidente es que para hombres que, en efecto, son desvalidos, esas calidades humanas del alma cristiana constituyen un refugio saludable. Debemos más bien lamentar que en la historia del cristianismo no siempre han prevalecido las enseñanzas del Redentor y de que en ella hayan muchas páginas de sangre y dolor (***). El reconocimiento del elemento demoníaco que hay en toda religión es un requisito en nuestra indagación en ellas; en busca tanto de su alcance total como del de la capacidad insidiosa de Satanás.

(*) Aún en las más primitivas sociedades, dice el antropólogo N. K. Chadwick, "la búsqueda de la inmortalidad es el motí más sobresaliente..."

(**) Jaspers ve en la Historia un tiempo Eje que, al igual que Toynbee, considera que tuvo lugar en el siglo VI a. de C. cuando cinco iluminados cambiaron las vivencias anímicas de la humanidad: Buda, Confucio, Zaratustra, Déutero Isaías y Pitágoras. Toynbee, sin embargo, propone (**Mankind and Mother Earth**) que ese Eje abarque desde el siglo X a. de C., vale decir, a partir del original profeta Isaías, hasta la muerte de Mahoma en el siglo VII d. de C" abarcando, naturalmente, el milagro de la vida y pasión de Cristo. La dificultad reside en que estos diecisiete siglos representan algo así como el 30 por ciento del total de la Historia conocida y registrada, un lapso demasiado amplio para poder ser tenido por un Eje. En nuestro concepto, ese Eje es el que comprende el retiro, el retorno, la prédica y la crucifixión del Nazareno.

(***) "Para el cristiano -dice el teólogo cristiano Wight- la discusión de las relaciones entre el cristianismo y las otras religiones superiores ha de comenzar con el reconocimiento de que el cristiano, más que ninguno otro, está sometido a juicio".

AMOR DIVINO

Partamos de un principio: todo amor, aun el Amor Divino, tiene limitaciones, pero es no menos cierto que el Amor que emana del Espíritu de Dios, irradiando y fortaleciendo las almas de los seres humanos, es infinitamente más estable y seguro, más permanente e iluminador, al propio tiempo que reconfortante, que toda forma de Amor humano. Spinoza decía que era éste el único amor que le brindaba, en su infinitud y eternidad, esa serena certidumbre en la que el Alma encuentra su verdadera plenitud y regocijo.

Los mensajes del Espíritu -del Espíritu Santo- constituyen, por excelencia, la prueba del Amor de Dios. Merced a ellos es que el ser humano se pone en contacto con su Creador. Hemos visto que estas comunicaciones entre lo Divino -trascendente y lo Divino -inmanente tienen lugar, no podría ser de otra manera, en doble vía, en ambas direcciones. De ahí que la gran corriente de la carga Reflexiva ascendente del Universo tenga por condición esa reciprocidad, exigencia de todo verdadero amor, en la forma de una carga reflexiva iluminante e irradiante en descenso sobre las almas en la esfera terrestre. En ella, además, llegan a éstas los **Llamados** de Dios, que acaso pueden ya haberse manifestado en otros mundos, de los que las expectantes almas humanas en este mundo, traen consigo mandatos y compromisos que, en él, han de ser cumplidos en sacrificado esfuerzo y dedicada consagración. Es en esta respuesta fecundante a tales llamados que, consciente o inconscientemente, los mortales manifiestan su propia entrega al Creador y su amor a Él.

Ahora bien, ¿cuáles serían las limitaciones que en el Amor Divino nos es dado detectar? Un estado de Gracia, merced al cual el Alma se ve poderosamente iluminada, parece estar reservado a una minoría de **elegidos** a los que, no obstante, se les exige, como condición de plenitud, una permanente vigilia, un tenaz y tenso esfuerzo. La otra limitación ¿por tal debiéramos tenerla? sería la de las limitaciones impuestas a la cognoscencia humana. ¿No es ésta por el contrario, una prueba de la conmisericordia divina? Ella se revela, ya lo vimos, en la forma de una mano piadosa que tiende un velo, o en la de un paternal silencio que esconde el futuro, según lo requiere las circunstancias y condiciones en las que el destino de los seres humanos tiene lugar en el planeta, así como en sus posibilidades de eficacia realizadora en él.

En todo caso, el Amor Divino es la manifestación sublimada del amor. Si el amor humano en su forma sexual potencializa, el amor divino es una fuente siempre renovada de fortaleza vivificante, aunque salvo en casos singularísimos, de ciertas extraordinarias vivencias beatíficas, no alcance intensidades paroximales.

EL LLAMADO

Ya lo hemos advertido: estos **llamados** constituyen en esta tierra, la contraparte trascendente de las invocaciones, en la forma de plegarias, así como en las respuestas creadoras a esos mensajes, divinos.

Tales mensajes no tienen acaso su origen, exclusivamente, en este mundo sino que, proceden de uno "enteramente distinto a éste y del que salimos para nacer en esta tierra, antes quizá, de volver a vivir bajo el imperio de leyes desconocidas a las que hemos obedecido porque llevamos sus enseñanzas con nosotros, aunque sin saber quien las ha escrito" (Proust: "La Prisionera")

Tales mensajes supra-terrestres explicarían la devota entrega del Alma iluminada al esfuerzo de una tarea cumplida; frecuentemente a lo largo de toda una vida, en renuncia y en devota persistencia; explicaría el sacrificio cruento y los calvarios soportados en silencio; la heroica dedicación a un ideal y a objetivos cuya recompensa no ha de ser hallada en este mundo, ni sus

éxitos o fracasos medidos con varas terrenales. Quizá si en todo ello debemos ver una confirmación de la creencia hindú del **karma** y la reencarnación; aunque en todo caso, constituye la elocuente manifestación de una amorosa respuesta humana a las luminosas incitativas divinas.

LAS PLEGARIAS

La convicción que todo creyente alienta, de que el Amor Divino, si ha de tener significado debe ser, como todo verdadero amor, recíproco, explica la persistencia de las devociones humanas entre las que las plegarias son las más constantes. Elévanlas los cristianos directamente a Dios así como, muy frecuentemente, a través de intermediarios celestiales entre los que la Madre de Cristo, la Virgen María, disfruta de una preferencia que aun excede a la de su propio hijo. Ciertos santos, a cuya canonización se supone que han sido añadidas algunas particulares capacidades restañadoras, también son objeto de veneraciones surgidas de los apremios humanos. Empero, lo mismo entre los cristianos que entre los creyentes de las otras religiones a través de los tiempos, es una Madre amorosa, tierna y conmisericordiosa la figura central de todas las devociones, llámese ésta la Virgen María, la Madre de Isis, la Madre Kuwanyin, la Madre Cibele, la Madre Ishtar, todas ellas responde a la misma invocación: **Sancta Dei Genetrix intercede pro nobis**. Cuando la invocación está dirigida al Redentor percíbese en ella una penosa nota de duda: **Cristi Jesu audinos** que parece trasuntar la humana incertidumbre acerca de si Dios o sus intermediarios están en efecto escuchando las plegarias.

¿Qué podemos entonces decir acerca de ellas? En primer término que constituyen el natural reflejo o la incontenible reacción de almas algunas veces desesperadas y conscientes de sus impotencias en un "valle de lágrimas". Luego, deben las plegarias ser vistas, en todo caso, como un desahogo terapéutico, mezcla de súplicas fervientes, de enconados reproches y de amorosa gratitud por las Divinas dispensaciones que enriquecen la vida y la tonifican.

En todo caso, por muy intensas que las humanas devociones sean ¿podríamos suponer que los designios de Dios han de verse por ellas alterados? Si las plegarias han de ser verdaderamente eficaces debemos suponer que Dios no sólo está escuchando sino que se halla dispuesto a modificar Su voluntad y rendirla ante las caprichosas exigencias de Sus criaturas, accediendo, acaso, a las más intensas de las invocaciones. No olvidemos que las almas, no menos que los cuerpos en los que moran, están en su peregrinaje en derroteros encontrados, motivados por objetivos no siempre coincidentes, antes por el contrario, manifiestamente conflictivos.

Sin embargo, si Dios mismo está en Evolución -veremos algo al respecto- ¿no es que un estado, por así decirlo, de fluidez prevalece en el mundo y en el destino mismo del Universo y que, en medio de él las invocaciones de los humanos vendrían a ser parte del proceso evolutivo Divino y terrenal? Tal presunción coincide con la del libre albedrío como condición inmanente en el Alma de los mortales creyentes.

Una forma singularmente noble de comunicación con Dios es aquella que asume la forma de cánticos o himnos de alabanza y glorificación. ¿No es ésta la única que racionalmente podría justificarse?

CIRCUNSTANCIAS EN LAS QUE SURGEN

LAS GRANDES RELIGIONES

En determinadas circunstancias históricas la búsqueda de Dios, la elevación del Alma hacia las Alturas de las que procede, viene a ser la proyección, en un extenso ámbito social, de aquellas actitudes a las que la desesperación y las incertidumbres conducen a los individuos; como acabamos de ver. Es entonces que recuerdan los seres humanos que, en verdad, están dotados de una doble ciudadanía: la de la ciudad inmarcesible de Dios y la de la ciudad perecedera de los hombres. Es en esa consciencia que germinan y fructifican las semillas de los nuevos grandes credos de las "iglesias universales" o "religiones superiores" como les llama Toynbee, nodrizas de las civilizaciones (*). En efecto, surgen éstas de los escombros espirituales de las épocas de tribulaciones y angustias, enriquecidas y fortalecidas espiritualmente merced a las luminosidades que el nuevo credo irradia en las almas de los hombres; aunque no en provecho de la civilización de la que la nueva iglesia es hésped en la que es vista como un **cáncer**, aunque sí de una civilización filial. Al fin, sucumbe aquella y el triunfo, según -Gibbon ("Historia de la Decadencia y Caída del Imperio Romano") pertenece a la barbarie y la religión. En todo caso, en tales circunstancias de conmoción anímica, las cosas de este mundo son relegadas a un segundo plano. Lo que ahora importa es la salvación en el mundo del más allá; no las grises realidades del presente sino las luminosas de un futuro celestial. Los nuevos credos llenan pues un vacío y son una respuesta a las deformaciones que la imprevisión y la miopía han generado en el cuerpo social herido de muerte, en cuyo contexto tales credos, vistos como un cáncer, en realidad son la terapéutica válvula de escape que el Alma atribulada reclama. Estamos de acuerdo con Toynbee cuando afirma que, en realidad, no existe antinomia ni oposición alguna entre los fines mundanales y las aspiraciones celestiales -no hay ni puede haberla- y sí sólo una inversión en la escala general de valores; por así decirlo, una nueva prioritización que favorece a éstas en respuesta a las demandas anímicas en el seno de una sociedad acosada. "Al buscar a Dios, el hombre cumple un acto social", dice con razón el historiador inglés. Y el amor a Dios, para ser real, debe consubstanciarse con el amor al prójimo. Tal la intención de los dos primeros mandamientos. De ahí que, en última instancia, el verdadero afinamiento del Alma enriquecida por el Espíritu conlleva e implica un vigoroso progreso social.

Una de esas épocas de crisis en la Historia fue la de los siglos III al V en Occidente. Hacia el siglo VI habíase consolidado precariamente, bajo Justiniano, la mitad Oriental del Imperio Romano cristianizado, en el nuevo sitio de Constantinopla, mientras que la mitad Occidental acabó, después de siglos de incesante y tenaz lucha, hacia fines del siglo V, en una desintegración sin remedio ni retorno, plegándose sobre sí misma bajo el dominio de germanos, francos, visigodos, escandinavos, etc. Aunque en pugna entre sí, para este "proletariado externo", para este **volkerswanderungen** militante, el cristianismo constituyó un sólido lazo de unión que, hincando hondo en el Alma de estos pueblos en conflicto y en centración, a su vez irrumpió hacia afuera en la heroica y depredadora gesta de las Cruzadas; a veces en conflicto, otras en alianza, con la mitad Oriental. En suma, lo que queremos significar es que el cristianismo amamantó dos civilizaciones: la Occidental europea y su filial bizantina; desintegrada políticamente al cabo de una secuencia de episodios, en el siglo V. En esas "épocas de angustias", al iniciarse ellas, es que, a más del cristianismo que dio lugar a ese vuelco en la Historia al que ya aludimos, surgió el neo platonismo; esotérica mezcla de escuela e iglesia a la que el cristianismo logró absorber.

(*) . Las preceden religiones que el filósofo - místico - historiador inglés llama "inferiores". Aparecen ellas en el ámbito de las civilizaciones primeras, en tanto que las "religiones superiores" tienen por **habitat** el ámbito de las civilizaciones que, en la nomenclatura toynbeeana, son tenidas por las de "segundo grado". Como concesión de las religiones superiores a las inferiores en la hora de triunfo de aquellas, toman parte del ritual de éstas. Tal el caso de Mahoma compelido a seguir adorando a la "Piedra Negra" en La Meca; del antiguo ritual de la teofanía que el cristianismo retiene en la comunión. En suma, el ritualismo religioso es, en alguna medida, un resabio de las devociones primeras y, muchas veces, un estorbo en las comunicaciones entre el ser humano y Dios.

DIGRESION ACERCA DE PLOTINO, EL NEOPLATONISMO Y EL NEOCRISTIANISMO

Aunque cronológicamente el neocristianismo, surgido de la prédica y las hazañas de Pablo de Tarso, antecedió a Plotino (205-270 d. de C.) recordamos a éste en primer término debido a su ancestro intelectual en Platón (428-347 a. de C.), así como en la gran tradición filosófica helénica. En Plotino gravitaron, en especial, Pitágoras, Epicuro y los escépticos, a los que el neoplatonismo, la escuela - iglesia inspirada en Plotino, añadió la influencia de los estoicos.

Difícil sería sobreestimar la importancia de Plotino en la historia del pensamiento. Entre los filósofos del misticismo su preeminencia jamás ha sido puesta en duda. Ninguno une en medida igual a un genio metafísico extraordinario la circunstancia de experiencias singularísimas tales como haber tenido en cuatro oportunidades, según su testimonio, la inefable (así la califica) visión beatífica de Dios.

Ya lo advertimos, hizo su aparición en un momento crucial de la Historia, en uno de esos tiempos de angustias acaso sin paralelo. Egipcio de nacimiento, recorre tierras del Iran, del Levante y enseña en Roma. Es en estos peregrinajes que le fue dado añadir a su bagaje helénico, incluido el esoterismo órfico, enseñanzas religioso - filosóficas orientales y, por supuesto, las de un neocristianismo en su epifanía. Aunque de su época, adviértese en él a un hombre moderno que parece anticipar a Leibniz y a Spinoza en conceptos que, respectivamente, semejan el de las monadas así como un cierto panteísmo. Fue también practicante del Ocultismo y de la magia, un asiduo del laboratorio y dedicado astrólogo. Influenció poderosamente a San Agustín, según éste lo reconoce en el Libro 7º de sus "Confesiones". En realidad, si exceptuamos la idea de la reencarnación, nada hay en Platino o en el neoplatonismo incompatible con el dogma cristiano. Ello explica la pacífica coexistencia de los dos credos hasta el siglo VI, cuando el neocristianismo absorbió al neo platonismo. El único incidente cruento fue el del asesinato en Alejandría (415) de la sabia Hipatia.

El neoplatonismo contó entre sus corifeos con filósofos que han ejercido influencia considerable en el pensamiento occidental posterior. Tal el caso de Porfirio, que en realidad fue el Engels de Plotino; de Jámblico, de Proclo, de Plutarco de Atenas. Floreció esta Escuela hasta que el emperador Justiniano, él mismo con inclinaciones neoplatónicas, se vio obligado a cerrar la famosa escuela de Atenas el año 529. Allí enseñaba Proclo.

Se ha señalado que ningún historiador ha explicado satisfactoriamente el triunfo del cristianismo sobre el neoplatonismo. Implícitamente, el propio San Agustín señala las causas de ese éxito. El neocristianismo, merced a San Pablo, superó su primitivo provincialismo, el que el hermano de Cristo, y los apóstoles en cierto modo, le habían impreso, convirtiéndolo en un credo ecuménico que tiene, además, la suprema virtud de haber contado con un auténtico fundador religioso en vínculo tan estrecho con el Padre que, con razón, figurativamente se le llama su Hijo (*) y que, llevado de esa devoción jamás igualada, aceptó una muerte singularmente cruenta. Jesucristo y su pléyade de santos y santas martirizados, han sido los grandes sacrificados en la ordalía terrenal y el cristianismo marca el punto culminante de este movimiento ascendente anímico de la humanidad; cuando menos hasta ahora. También advierte el autor de "La Ciudad de Dios" que el excesivo intelectualismo neoplatónico impedía una fácil accesibilidad a sus enseñanzas.

(*) Cristo mismo jamás pensó o afirmó que era verdaderamente hijo de Dios, jamás dio otro alcance a su vínculo con el Padre que el figurativo. La idea del Dios Trinitario, bien que por un juego, en el fondo semántico, se aclara que, en definitiva es un solo Dios verdadero, constituye una gran debilidad de la teología cristiana en la que debemos ver un resabio del politeísmo de la Antigüedad (salvo en el pueblo judío y, aun antes, en la dinastía de Amenotep en Egipto) contra el que recién se reaccionó en el Islam: Alá es visto como uno y único y a Mahoma como su Profeta. Ahí el monoteísmo queda enraizado en la consciencia de los creyentes que, sin embargo, exigen un dios encarnado que, en Ali deificado satisface esta aspiración.

Sin embargo, lo evidente es que, como Eucken señala, el pagano Plotino ha impreso en el cristianismo una marca más profunda que cualesquier otro hombre. ¿No es el cristianismo, se pregunta Troeltsch, antes que un producto de una nueva cultura, la postrera creación de la Antigüedad que, puede decirse, al darle vida sucumbió? En todo caso, la proyección que Plotino confirió al pensamiento filosófico helénico también explica la vigencia del gran místico. He aquí una de las más claras expresiones de esa inter-fecundación del espíritu a través del tiempo y a la que luego aludiremos.

Tanto a Cristo como a Plotino se les ha enrostrado su indiferencia ante los problemas del mundo, ante las realizaciones de la ciencia, los progresos de la civilización en general, en fin, su aparente indiferencia ante la belleza del universo. Algo hay en esto, aunque ambos profetas compartieron intensamente, con devoción y amor, las vicisitudes del diario vivir de todos aquellos a los que les prédicas de Cristo llegaban y las enseñanzas de Plotino iluminaban. Las influencias pirronianas escépticas y aun las del propio Platón, sin duda inspiraron en Plotino una cierta actitud de desasimiento que, aunque tonificante, es limitante del alma.

Tanto en el cristianismo como en el neoplatonismo se manifiestan esas ansias propias de los tiempos en los que los grandes credos fructifican, de elevación, de búsqueda de las últimas realidades a través de una concepción de las relaciones que existen, aunque generalmente permanezcan ocultas, entre la consciencia individual y el **espíritu universal**; que es el tema que nos ocupa.

III. EL PROCESO EVOLUTIVO CONSCIENCIA Y SUPERCONSCIENCIA

Si la palabra Amor es, en lo que atañe a la convivencia humana, la palabra clave, en la proyección de esa convivencia la palabra clave es Evolución.

La especie hominizada ha estado en evolución biológica cuando menos durante los últimos 200.000 años (*) mientras que el lapso de su evolución anímica se inicia recién en el bajo neolítico con los primeros asentamientos humanos.

La evolución biológica, si la concebimos sujeta a la ley de entropía que gobierna los procesos físicos, aun los de un carácter vital, evidente en sus manifestaciones morfológicas, tiene por desenlace, bien lo sabemos, el de una extinción implacable y total. La energía **radial** espiritual, en cambio, se verá perdurablemente enriquecida y activada hasta un punto de incandescencia que abrirá al alma humana un ingreso triunfal en la eternidad redentora del Alma Divina. Aunque sólo hay una Energía en el universo, canalizada hacia lo anímico y lo físico y es por ende, básicamente, al propio tiempo que anímica, somática, su tendencia general está dirigida hacia el Alma, que es el punto transmutante de las fulguraciones del Espíritu y, por ende, su ámbito de fructificación en ascensión y centración. De ahí que haya en proceso en el mundo una deriva general anímica que se enriquecerá en la medida en la que la capa biosférica, empobrecida, se vea reemplazada por una capa noosférica (espiritual) permanentemente enriquecida.

El carácter irresistible e irreversible del proceso de fecundación anímica dará lugar a una participación en el mismo de todas las voluntades individuales. El individualismo se verá proyectado y absorbido en una síntesis supra-personalizante que, sin embargo, en lugar de amenazar al yo tenderá -en el esquema teilhardiano- a potenciarlo merced al efecto sinérgico en la plenitud intemporal que requiere una previa diferenciación en cada una de las etapas de sus sucesivas centraciones. No olvidemos que la complejización es un requisito, o está en la esencia, del alumbramiento consciencial -reflexivo como lo estará en la génesis de una supra - consciencia.

(*) . Es ésta una cifra arbitraria intermedia entre los aproximadamente 500.000 años asignados al homo pequinensis y los 70 a 40.000 años asignados al homo neandertelensis.

La evolución, como una necesidad de la especie, se manifiesta en el hecho de que todas las circunstancias negativas retardantes o entorpecedoras del proceso, tales como pesares, sinsabores, desalientos anímicos revisten un carácter efímero. El Tiempo -que es sobre el que la Evolución cabalga- atenúa, enmienda, reduce y, finalmente, aniquila las trabas, despejando el camino para que los seres abrumados por la adversidad retornen sus rutas hacia su plenitud anímica. Las capacidades terapéuticas del Alma, inherentes en el Tiempo, deben ser vistas como uno de sus requisitos, al propio tiempo que una de las pruebas, de que la Evolución está en marcha.

Otra prueba, en realidad la más importante, de que el proceso evolutivo anímico de la humanidad, responde a un designio secular, permanente en los destinos humanos, nos lo da el hecho de que, superadas las etapas primarias del iluminismo espiritual, aparecen las religiones superiores, cuya fructificación, ya lo vimos, es cosechada en el contexto de una civilización filial pero distinta, que corresponde, en la escala evolutiva, a un estadio superior, más maduro de realización anímica. En una civilización de la tercera generación (como les llama Toynbee) podemos, más todavía, debemos avisar -bien que hasta el presente no se ha dado el caso- el florecimiento de una nueva iglesia - crisálida, acaso vista como cáncer en el organismo de esa civilización, posiblemente ya en un proceso de desintegración, y a la que el nuevo credo no estará dirigido, ni fructificará en ella y sí más bien, en una nueva civilización filial que corresponderá a una cuarta generación de la especie social llamada civilización y en la que tendrá lugar una fructificación todavía más avanzada en el proceso general de desarrollo y evolución. Y así sucesivamente, hasta que la inmortalidad, en la redención del Alma, sea alcanzada. Quizá esa nueva iglesia - crisálida pregonará las insospechadas verdades de la buena nueva, de un sincretismo religioso ecuménico, en alas del cual la humanidad en evolución pasará de la tercera a una cuarta generación de la especie social llamada civilización.

EVOLUCION POR EFECTO CUANTITATIVO

Está en efecto la Evolución condicionada tanto por una función cuantitativa como por otra cualitativa. Digamos algo, en primer término, acerca de aquella en la que, por una ley de probabilidades parecería obvio que el potencial fructificante de las irradiaciones del Espíritu será mayor en la medida en la que tenga lugar en el mundo un más alto grado de compresión humana. Si bien la expansión demográfica plantea y planteará serios problemas a la capacidad de la capa biosférica para atender a los requerimientos de subsistencia de la especie, es a ella, a esa expansión, que se deberán sus posibilidades de enriquecimiento espiritual. La prueba, si hiciere falta, la tenemos en el acelerado ritmo al cual los logros del hombre han tenido lugar en épocas recientes; al punto de que en una década se registra hoy un número mayor de descubrimientos básicos y de invenciones que en los anteriores cincuenta o cien años. El ritmo se hace pues acelerado y ello en virtud de una mayor difusión de las irradiaciones del Espíritu en función de una intensificada compresión humana sobre el planeta. Ella por sí sola, sin embargo, no sería suficiente para poner en marcha este proceso fecundante a un ritmo acelerado si al enriquecimiento demográfico, en su forma cuantitativa, no acompañase un enriquecimiento de sus capacidades receptivas. Algo veremos al respecto.

Conviene recordar, al propio tiempo, que en este proceso no hay "saltos" ni "cortes". La Evolución es a la vez eslabonada y gradualista, bien que dentro de esa limitación su **tempo** se vea dinamizado o retardado según las circunstancias. Cada paso, cada eslabón en la cadena confiere al drama universal de la redención esa unicidad cohesiva que acaso no se manifiesta a primera vista, pero que al observador atento y acucioso se le revela en una deriva general hacia la espiritualización. En suma, cada instante, al surgir del anterior en la irreversibilidad del Tiempo, arrastra consigo elementos del que le precedió. Hay en el tiempo, como dice Bergson, una **acumulación**, un **duré** en el que a través del presente el pasado se proyecta en el futuro. En suma, ningún acontecimiento en la Historia, ni aun aquellos tenidos por revolucionarios, quiebran por

entero los lazos que le unen al pasado; al propio tiempo que preanuncian las formas del futuro. La secuencia es rigurosa, deliberada y eslabonada como corresponde a las exigencias de esa unicidad que integra a la especie. Los llamados "cortes", el más frecuentemente citado entre ellos, el de la así llamada Edad Media, responden a las exigencias de una clara didáctica. ¿Puede acaso suponerse que quienes vivían en esa supuesta medianía temporal entre una Antigüedad desintegrada y una Edad Moderna en su epifanía suponían que se encontraban en el intersticio entre dos épocas? Las condiciones sociales, institucionales y económicas (bien que éstas particularmente disminuidas) continuaban, en lo esencial, inalteradas.

Un ejemplo tomado de la morfología urbana acude a nuestra mente: ¿Percibe el ciudadano el instante en el que su pequeña ciudad se ha revestido con los atributos propios de la urbe?, ¿o el instante en el que una ciudad grande se transforma en metrópolis y ésta en megalópolis? Lo evidente es que las etapas de este desarrollo citadino pasan desapercibidas y es que, en el fondo, ellas se consubstancian con las experiencias vitales de los propios ciudadanos de suerte que, en esa medida, el enriquecimiento anímico de éstos y el crecimiento de la urbe marchan **pari passu**. Tal interrelación funcional puede acaso hallar corroboración en una presunción que parece racional: Ella es la de que si el tiempo fuese reversible y le fuese dado al hombre escoger su **habitat** en diversos momentos de la Historia, de suerte que al amparo de esa posibilidad, un habitante de Nueva York, París o Londres optase por la Roma de Séptimo Severo, se encontraría en ella miserablemente constreñido, en tanto que si un resucitado romano de aquella época se trasladase al Nueva York, París o Londres de hoy, enloquecería.

De pasada, sin embargo, conviene recordar que en los paralelismos de la evolución de instituciones y seres humanos, existe una evidente tendencia a la quiebra de equilibrios, al exceder aquellos los límites en los que tendría lugar una feliz integración e interfecundación. Ello es sobre todo manifiesto en el caso de ciertas megalópolis, así como de ciertas empresas de proporciones imperiales cuyo desmesurado crecimiento constituye para el ser humano normal y corriente un reto de abrumadora intensidad. Aristóteles señalaba que el tamaño de una ciudad no debiera exceder el alcance visual de un hombre normal, al que, seguramente, condicionaba su capacidad de conceptualización.

EVOLUCION POR EFECTO CUALITATIVO

La simple compresión humana, no obstante su vigoroso efecto fructificante, no podría, ya lo advertimos, por sí sola constituirse en causa eficaz de una intensificada irradiación espiritual. A más de ella es menester una elevación generalizada en los niveles de salud y educación. Básicamente, sin embargo, lo que se requiere es una gran Fe en que un reconfortante destino de redención ha de constituir, un día, el desenlace último de las ansias y esfuerzos humanos. En todo caso, el enriquecimiento de las capacidades receptoras en el Alma de las luminosidades del Espíritu debe acompañar a la proliferación y multiplicación en la capa anímica planetaria, a fin de que la deriva hacia la espiritualización cuente con el doble apoyo de un enriquecimiento cuantitativo y otro cualitativo, en un supremo afinamiento anímico. Sin este último no se alcanzaría jamás un enfoque teleológico, una Fe estimulante y esa fructificación lograda merced al enriquecimiento de las capacidades receptoras del ser y de su capacidad de transmutación de las irradiaciones espirituales.

EL EFECTO CUANTITATIVO Y CUALITATIVO ES, EN CIERTA MEDIDA, DEFRAUDADO

Puede tenérsela por una auténtica tragedia humana, derivada de limitaciones económicas e institucionales, ésta del inadecuado aprovechamiento de aptitudes y talentos de un vasto contingente de mentes brillantes que, iluminadas por el Espíritu divino, se agostan, sin embargo, en

la esterilidad de estructuras inelásticas y pesadamente burocratizadas. En relación con las posibilidades de un continuado progreso de las ciencias en Estados Unidos, el profesor Atkinson del **National Science Fundation** dice: "No es una exageración temer que una generación entera de brillantes mentes jóvenes y su potencial para contribuciones fundamentales ha de perderse" (**Fortune**, julio 1977). Es éste un drama de proporciones y proyecciones de muy vasto alcance, en el que la Evolución por efecto cuantitativo al propio tiempo que cualitativo, se ve despotencializado por limitaciones de tipo administrativo -institucional - económico. Ya lo señaló hace más de ochenta años un gran economista, Alfred Marshall, que el peor y más patético desperdicio en el mundo es el de las no aprovechadas capacidades humanas. En efecto, debemos en ello ver una pérdida del potencial espiritual humano que es a la vez insidioso y perdurable; que sobre todo aflige a las naciones desarrolladas pero que también se lo percibe en las subdesarrolladas. Trátase pues de un drama universal que para la humanidad representa un escollo cuya superación, como requisito de un proceso evolucionista potenciado, debe ser lograda, implicando ese esfuerzo la necesidad de encarar hondas transformaciones estructurales que, dentro de un ordenamiento socio-conómico de tipo demoliberal, es difícil ver de qué manera podrían ser alcanzadas.

NOTA ACERCA DE CIERTOS COSTOS SOCIALES DE LA EVOLUCION

No nos hagamos ilusiones, el costo del crecimiento, del desarrollo y de la Evolución es alto en ciertos valores que, por lo general, tiene el Alma en alta estima dentro de su contorno material, en el que la expansión y la abundancia juegan papel tan primordial en la formación de un tipo de vida señorial. Nos referiremos a ello más adelante. En este contexto pensamos que algo debiera decirse acerca de un problema más fundamental: El bienestar general, aunque por supuesto un noble objetivo, se ve generalmente defraudado en el proceso evolucionista en la medida en la que éste se alimenta en tendencias -económicas y políticas- en las que el poder asume una modalidad centrípeta, convergente, que no sólo resulta poco propicio a la difusión general del bienestar, cuando menos en ciertas etapas del proceso, sino que se encuentra en conflicto con ella.

Luego, desde otro punto de vista, el equilibrio ecológico, la preservación del paisaje, de ciudades adecuadamente dimensionadas o de amplios espacios abiertos son, sin duda, propósitos laudables, aunque es no menos cierto que la humanidad no ha de mantenerse en fructificante Evolución contemplando raudales de agua cristalinos en valles umbrosos, aspirando una atmósfera diáfana, ni permaneciendo complaciente y quieto junto a las sosegadas rutas de pueblos adormecidos. Aunque gratas estas expansiones del Alma, resultan prohibitivas para una Humanidad en crecimiento. La contaminación de la atmósfera y de las aguas debe ser combatida, aunque sin ver en ella un negativo despropósito sino, más bien, el precio inevitable de la superación, y el negativo desecho de un vigoroso avance de la especie sobre la capa planetaria.

DERIVA GENERAL DE LA MATERIA HACIA LO ANIMICO

Otra consecuencia de la contracción de nuestro planeta derivada de la plétora humana, aparte de la contribución que de ella resulta para una acelerada y vigorosa creatividad, es el mayor énfasis puesto en las satisfacciones del Alma antes que en las orgánicas o biológicas. El hombre va camino de ingresar en la noosfera en un proceso de gradual desasimiento de sus ligazones con la biosfera. Por ejemplo: la humanidad come menos -aunque más nutricia y equilibradamente que otrora-; su **habitat** es más reducido aunque más funcional y aún los privilegiados véanse atendidos -si en realidad lo están- por servidumbre cada vez menos numerosa y eficaz. Todo ello es ciertamente gratificante y ennoblecedor. Más todavía, parece encerrar el anuncio de transformaciones de incalculable significación en sus proyecciones en el tiempo.

Se dirá: ¿no es la desenfadada afición, hoy tan manifiesta, por todos aquellos artefactos que la inventiva y la codicia humana han puesto al alcance de los mortales, una prueba de frivolidad materialista - hedonista más que indicio de una supuesta deriva hacia valores espirituales? Lo evidente es que los niveles de vida a la vez ascienden y descienden, en favor, ya de cada vez más amplios estratos sociales, hasta ayer marginados; o ya en detrimento, de los que hasta ayer también, disfrutaban de la cornucopia terráquea, tendiendo a encontrarse esos niveles, en evolución inversa, en un punto intermedio de equilibrio en el que las motivaciones naturales del ser humano, sano y normal, hallarán compensación adecuada entre las exigencias perentorias de la materia y las aspiraciones inmarcesibles del Alma. Luego, no podemos sino advertir que la general simplificación de las condiciones de vida y el acelerado ritmo en el que la existencia humana se realiza, inducen no sólo una afición sino imponen la necesidad de acudir a aquella vasta inventiva de **homo faber** que va desde el avión y el automóvil hasta las hojas cada vez más aceradas para el afeitado y los cepillos mecánicos para la dentadura.

Naturalmente que la víctima de todo ello es un modo de vida señorial, costumbres elegantes y, en términos más generales, el buen gusto así como las buenas maneras. En el hacinamiento que la compresión humana ha impuesto a la sociedad es difícil preservar no sólo el "buen tono" sino evitar la grosería. La tecnología también estimula, de diversas maneras, esta deriva hacia la espiritualización. Notemos entre ellas algunas de las más evidentes: 1) la automatización de los procesos productivos y de los servicios; 2) la cibernética, que es una forma de automatización más integral; y 3) la miniaturización. Merced, esta última, al efecto psicológico derivado de la disminución de las proporciones físicas del contorno mecánico respecto de lo anímico humano. Todavía más notoria y directa es la liberación de las energías anímicas del ser humano como consecuencia de la sustitución de su esfuerzo en los procesos productivos por el de máquinas automatizadas y por robots. Reparemos en que todo esfuerzo físico se realiza en detrimento de energías anímicas. Si para respirar tuviésemos que activar deliberadamente los circuitos sanguíneos de suerte que cada sístole y diástole del corazón tuviera que ser el resultado de un previo esfuerzo muscular, no le quedaría al ser humano instante alguno disponible para dedicarlo a la recepción de las luminosidades del Espíritu, a su elaboración reflexiva, a la inspiración creadora.

La posibilidad que, desde hace algún tiempo, se le ha brindado a la humanidad de preservar, o aun acrecentar sus niveles de productividad, al propio tiempo que reduciendo sus jornadas de trabajo, le ha abierto y le abrirá todavía en mayor medida, perspectivas promisorias, puesto que más amplios lapsos de ocio significan, a su vez, acrecentadas posibilidades de fructificación del espíritu. Vale decir, que la elevación cualitativa de la especie merced a los aportes de una enriquecida tecnología, se verá sucesivamente potenciada en la medida en la que logre liberarse del yugo de una rutina que constriñe y debilita sus capacidades anímicas.

Puede argüirse, claro está, que los extendidos lapsos de holganza que al hombre ofrece su propio ingenio, no estarán necesariamente consagrados al enriquecimiento de su Alma tanto como a la satisfacción de afanes hedonistas o a propósito banales. No nos llamemos a engaño, ello en alguna medida ha de ocurrir; aunque mucho más en los albores de sucesivas liberaciones, cuando apetitos no colmados presionarán vigorosamente; con un vigor que irá disminuyendo en tanto que se vean satisfechos. Las capacidades físico - biológicas son, al fin y al cabo, inelásticas, en tanto que las anímico - espirituales jamás podrán, en su elasticidad absoluta, verse colmados, de suerte que en el agostamiento de aquellas es que, precisamente, fructifican éstas. En el desequilibrio entre ambas energías hallamos la clave del proceso evolucionista del Alma humana y la explicación de esta deriva fortificante e iluminadora.

Es éste un enfoque del que no están ausentes conceptualizaciones bergsonianas en las que se asigna a ciertas fuerzas vitales y vitalizantes que surgen del Alma y del Espíritu el papel vigorizador del **élan** vital. Un enfoque que rebasa el positivismo, que trasciende los límites de una visión mecanicista y organicista, pero que se mantiene a este lado de una metafísica plotiniana o teilhardiana, que es la que ha orientado nuestros pasos. Bien es cierto que se ha dicho que

Bergson es un metafísico -positivista, en el sentido de que asigna a la biología un papel primordial en la comprensión de lo humano; pero debemos admitir que aquello de positivista - metafísico es manifiestamente incompatible. También asigna Bergson un preeminente papel a la energía amorosa como fuerza cohesionante y, sobre todo, potenciadora de las capacidades anímicas de la Humanidad. Debemos, en suma, comprender que Bergson es otro de los grandes evolucionistas con un enfoque dirigido a la capa noosférica planetaria.

EVOLUCION Y PROGRESO

El proceso evolutivo del Alma, enriquecida por el Espíritu, es **lineal** en el sentido de que es irreversible, mientras que el del Progreso asume una modalidad **cíclica - espasmódica** por estar ligado, como ya lo advertimos, a las exigencias de una civilización y trasuntar los valores de ésta. Carece, en suma, de un finalismo trascendente.

Los filósofos de la Historia del siglo XVIII eran, por así decirlo, **linealistas** aunque en un sentido que parecía confundir las implicaciones reales de Progreso y Evolución. El lapso o ciclo del Progreso en la Historia es, desde luego, relativamente breve puesto que corresponde al de una cultura o civilización (*) mientras que la trayectoria evolucionista se confunde con las peripecias de la especie hominizada a través de los tiempos. Los verdaderos **linealistas** son pues quienes enfocan el proceso en su proyección anímica.

(*) Sabido es que para Spengler la etapa cultural corresponde a la de la vitalidad creadora que, agostada, se transforma en la etapa de civilización. Para Toynbee cada civilización es la unidad mínima ininteligible del proceso histórico. En su obra no se hace la diferenciación spengleriana.

¿ESTA DIOS EN EVOLUCION?

Uno de los grandes temas vinculados al de la Evolución es el de si Dios mismo está o no inmerso en ella. Alfred N. Whitehead, entre los pensadores modernos, alude a un Dios en **proceso**, es decir, en Evolución. (Otros: T. Altizer, Paul van Buren, W. Hamilton, teólogos norteamericanos, a los que debemos añadir al francés Jean - Luc Marien, aunque en un enfoque distinto, piensan que, terminada Su obra de creación, Dios ha muerto). El padre Cuénot, gran teilhardista y siguiendo a éste, sostiene "que sería verdaderamente un craso error hacer de Dios un ser inmóvil, congelado en Su eternidad..." Si en efecto aceptamos la idea, que en sana lógica tiene asidero, de que Dios evoluciona, se nos abren perspectivas maravillosas así como una posibilidad de explicación de ciertas paradojas e inconsecuencias en el destino del hombre y del mundo. Al propio tiempo, sin embargo, nos hallamos frente a insondables incógnitas. Si Evolución es un proceso **hacia algo**, como sin duda es, surge la pregunta: ¿hacia dónde es que Dios evoluciona? Tanto Whitehead como Teilhard, según lo hemos visto, ven en Dios un **compañero** del hombre en el sentido de que ambos coparticipan, simbióticamente, en el amplio proceso de Evolución planetaria. Luego, debemos asimismo suponer, como ya lo advertimos, que la energía reflexiva no sólo asciende de la capa anímica terráquea sino que desciende hacia ella en la forma de luminosidades del Espíritu.

También es posible pensar que Dios cumplió Su Evolución y que todo, en realidad, ya ha ocurrido. Se ha sostenido tal presunción en parte como explicación de esas visiones en las que el hombre logra, por instantes, romper el velo protector que cubre el futuro. Si, en efecto, esto fuese así, la tarea simbiótica de desarrollo del mundo como empeño Divino y Humano sería una experiencia por siempre renovada; aunque en cada una de las sucesivas edades constituya una experiencia única y nueva.

La idea de la eterna rotación (del **corsi** y **ricorsi**, de la vida la muerte y la resurrección) se ve ratificada y apoyada en la Naturaleza en la variedad de sus manifestaciones. **Natura expelles, furca, tamen usque recurret** (Horacio). ¿No marca acaso el Juicio Final la epifanía de un nuevo ciclo, de una nueva rotación en un más deslumbrante anillo en la ordalía simbiótica divina y humana?; ¿no es que en ella los dos socios están en Evolución al cabo de eternas redenciones humanas y de una eterna sublimación divina? -Dios no permanece petrificado en su eternidad-. ¿No es que merced a la fructificación de miles de millones de almas irradiadas enriquecidas por el propio Dios, en su retorno al seno Paternal a su vez lo potencian con las florescencias resultantes de esas irradiaciones en el fecundo campo anímico a fin de que cumpla la hazaña de una nueva rotación?; acaso "como las exhalaciones nebulosas que el sol permanentemente extrae del océano y que de nuevo, vertidas a la tierra en la forma de lluvias, a través de los ríos retornan al océano" (Toynbee).

Dejemos este insondable problema en este punto, añadiendo únicamente que el libre albedrío está en gran manera condicionado por la suposición de que Dios no está "inmóvil en Su eternidad", con lo que los destinos humanos se encontrarían libres de ataduras deterministas. Sólo deseáramos añadir que es éste un tema que tuvimos ocasión de discutir con Arnold Toynbee. ¿Por qué Toynbee? Por el hecho de que en su Estudio desfila un número de la especie social llamada civilización desintegrado al cabo de una ordalía de colapsos en lo que, al parecer, sería un destino irreversible e irrevocable que ningún humano esfuerzo es capaz de alterar. La excepción, hasta ahora, sería la de nuestra propia civilización occidental y cristiana en sus tres ramas; esto es, incluyéndose en ella a la rama ortodoxa así como a Rusia, a más de Europa occidental (con sus filiales en América y diversos ex -enclaves transmarinos) (*).

Toynbee, sin embargo, fue explícito al afirmar que tal destino no es necesariamente inevitable y que, por ende, no debiera su enfoque ser tenido por determinista. Por el contrario, pensaba que las tres civilizaciones que hasta ahora han esquivado una sentencia de muerte, o cualesquiera otras en el futuro, podrán escapar a un destino ineluctable. No obstante, su Visión de la Historia parecería conflictiva con sus inclinaciones religiosas de tipo deísta y con su concepción del ser humano al que considera dignificado con un alma de esencia divina revestida, por ende, con los atributos de la libertad; que conlleva una posibilidad de autodeterminación dignificante. Procuró, no obstante, reconciliar esta aparente ambivalencia suponiendo, según nos dijo, que existe algo así como un ámbito en el que el libre albedrío puede manifestarse; ámbito en verdad, tan amplio que, dentro de él, a toda civilización le sería dado escapar a una condena de extinción, pero que, en sus confines últimos, en el destino de la especie humana como tal, a través de las edades, estaría atada a los designios insondables de una voluntad superior e inapelable.

(*). El mundo entero está, en realidad, occidentalizado en los aspectos formales, seculares y materiales de la vida. Las bandas más profundas de irradiación naturalmente no penetran allende el **oikoumene** ancestral occidental-cristiano, en el que existen, no obstante, numerosas zonas de formación espiritual híbrida (la meseta altiplánica suramericana es un ejemplo).

IV. EVOLUCION Y PROGRESO EN LA FILOSOFIA DE LA HISTORIA

NOTA INTRODUCTORIA

Advertimos hace un instante algo que es evidente: la diferencia -¿debemos insistir en ello?- entre Progreso y Evolución. Mientras aquel está condicionado por el criterio y la estructura de valores de una civilización ésta se proyecta a través del Tiempo. Es, sin embargo, no menos cierto que los espasmódicos y cíclicos logros del Progreso en sus azarosa trayectoria han contribuido a conformar el curso general de la Evolución desde las lejanas épocas -en realidad no tan lejanas en proporción a la totalidad abarcada por la **duración** del proceso hominizante- en la que tuvieron lugar

los primeros asentamientos, las primeras concentraciones, merced a las que el Alma humana comenzó a enriquecerse más intensivamente con las luminosidades del Espíritu gracias al efecto potenciante y sinérgico de la comprensión. La Historia, al fin y al cabo, se desarrolla en las ciudades mucho más que en la quietud bucólica de los horizontes rurales. De ello tenemos una prueba fehaciente en el hecho de que la creatividad intelectual y artística es la primera víctima de las contracciones urbanas. En efecto, se nos ofrece un ejemplo vívido de esta relación funcional en el empobrecimiento que tuvo lugar entre los siglos IV y X d. de C. tanto de la vida citadina como de las artes y la producción intelectual en la mitad occidental del desmoronado Imperio Romano. La población promedio de las ciudades no pasaba entonces de 3 a 6.000 habitantes y mientras la gran tradición intelectual helénica y romana prácticamente había desaparecido, verdaderos campanarios reemplazaban a las urbes de otrora. De tal manera se ruralizó la vida y se debilitaron las irradiaciones del Espíritu que, con la excepción de un verdaderamente gran pensador: San Agustín y unos pocos semi-grandes, la actividad intelectual de esa época, en Europa, descendió a un nivel de singular pobreza. No cabe pues duda de que la declinación del nivel general de tensión anímica urbana acarrea un inmediato y paralelo descenso de la fructificación espiritual.

Lo que hemos convenido en llamar **Filosofía de la Historia** es un mal definido cuerpo de ideas cuyos términos de referencia, por así decirlo, no han sido todavía claramente elaborados. Podemos, sin embargo, detectar en el, con bastante certidumbre, ciertas corrientes o tendencias. Añadamos que el paciente lector de estas elucubraciones puede con razón preguntarse: ¿cuál el objeto de esta nueva digresión? Parecería ella justificada por la necesidad de establecer de qué manera los diversos pensadores en diversas épocas han interpretado el curso, las etapas y las finalidades del Progreso así como las de la Evolución espiritual de la Humanidad.

Creemos haber distinguido, en la Filosofía de la Historia, las siguientes básicas tendencias:

1.- LA METAFISICA EVOLUCIONISTA. Podríamos también tenerla por un enfoque **trascendentalista** de la Historia en el sentido de que le asigna finalidades que tienen una proyección supra - terrena, que aspira a verlas realizadas en una última realidad, si así podemos llamarla, dentro de una visión metafísica. San Agustín, Bossuet, Berdiaeff, Maritain y, en cierta medida Toynbee, se han visto influenciados por estas ansias supra - terrenales.

2.- LA EVOLUCIONISTA. Aludimos, naturalmente, a un evolucionismo espiritual tal como el que Vico, Herder o Hegel advierten en el proceso histórico. Marx posiblemente participa de esta tendencia, puesto que si bien su enfoque reposa sobre un materialismo dialéctico que implícitamente podría tenérselo por despojado de implicaciones espirituales, las actitudes humanas hacia la conflictiva institución del derecho de propiedad expresan, como es natural, tendencias que surgen de un fondo espiritual.

Vico es, por así decirlo, un evolucionista en **espiral**, en el sentido de que concibe el proceso ascensional de la Humanidad en ciclos dentro de un determinista **corsi** y **ricorsi** a través de los tiempos. A una primera edad divina, la de los dioses y los mitos, piensa que sigue la edad heroica en la que la poética florece en todo su esplendor para, luego, culminar en una edad humana, en la que los mitos, las supersticiones y la lírica pasan a un segundo plano; bien que es de la "sabiduría poética" que veía surgir, "como del tronco de un árbol", la lógica, la ética, la Economía y la política. La metafísica, en cambio, es tenida por madre de la física, de la astronomía y de la geografía. Vico refleja claramente, en este primer esquema comparativo de las civilizaciones, el tránsito del siglo XVII, todavía creyente, al siglo XVIII iluminista, agnóstico y escéptico.

Tanto Hegel como Marx deben ser tenidos por **linealistas** puesto que advierten en la Historia una marcha hacia un creciente perfeccionamiento que, este último, lo ve realizado merced al gran proceso dialéctico, mientras que Hegel, en sus "Lecciones de la Filosofía de la Historia" lo concibe como la feliz culminación de una dinámica **espasmódica** (que lo acerca a Spengler y Toynbee) en la que a las "épocas de ruina de las enormes conquistas de la cultura" siguen otras de recuperación "con la ayuda de las ruinas salvadas", hasta alcanzar la madurez merced a una creciente espiritualización; Concibe una primera etapa en la que el espíritu está fuertemente

sumergido en los elementos de la Naturaleza, en la que lo físico - biológico prevalece sobre lo anímico, anulando las posibilidades de expresión espiritual y en la que, por ese anegamiento de vivencias fructificantes, el don de la libertad aparece constreñido y empobrecido. En esa embrionaria etapa, por ello mismo, **sólo uno es libre**. Le sigue una segunda, en la que merced a la expansión de los valores espirituales, aunque en una liberación "imperfecta y parcial", **algunos son libres**. Cu mina tal peripecia del Espíritu dentro del esquema hegeliano, en su plena realización y, con ella, en el logro universal de la libertad en la que **el hombre, como tal hombre, es ahora libre** "en la consciencia y sentimiento que el espíritu tiene de sí mismo". Según este esquema, las sociedades orientales corresponden a la primera época de subyugación; Grecia y Roma a la segunda, desdoblada en dos etapas, mientras el mundo cristiano, "en la senectud del espíritu", pertenece a la tercera y última.

Marx, como se sabe, es evolutivo - dialéctico. A diferencia de Hegel, no es la odisea de la libertad del Espíritu sino la de la autonomía del hombre como ser productor, como **homo oeconomicus**, merced a la universalización, esta vez, de la propiedad y la consiguiente desaparición de una clase explotadora, la trama del proceso evolutivo lineal - marxista. La antítesis al derecho de propiedad, en la forma de una lucha de clases, es superada gracias a la síntesis que, en la abrogación de ese derecho, logra la comunización realizarse. Si el ideal hegeliano de libertad, esencialmente político, derivó en el absolutismo prusiano, el ideal marxista, esencialmente Económico, derivó en el absolutismo soviético que es a la vez político. Cuan diferente es la **Idea** de la realidad; pero los pensadores alemanes, inevitablemente románticos, juegan con ideas y rara vez con realidades.

3.- LA DE LOS PROGRESISTAS - LINEALES. Esta tendencia está básicamente representada por una ilustre pléyade (la **pléyade**) de filósofos de la Historia franceses del siglo XVIII que, bajo el Imperio de la Diosa - Razón, auguraba para la Humanidad una prodigiosa edad de oro. Si los hombres depositasen su confianza en un racionalismo secular iluminista, sostenían, antes que entregarse al oscurantismo de las supersticiones religiosas, se les brindaría la posibilidad de ver coronados sus anhelos de superación y progreso. Surge, sin embargo, la pregunta: ¿Progreso hacia qué? Ya hemos aludido al carácter sinuoso y espasmódico que la ruta del "progreso" (tan frecuentemente puesta en tela de juicio que las comillas enfatizan este escepticismo) describe a través de las edades. En todo caso, sujeto como está a "las circunstancias de una civilización carece de trascendencia o finalismo. Sea como fuere, el alcance de esta visión era, sin duda, positivista y así, la noción de Progreso quedaba limitada al quehacer mundano. En efecto, el proceso histórico era concebido por estos pensadores iluministas aunque no necesariamente dentro de alcances puramente materialistas, sí dentro de un marco positivista que, en los escritos de un Turgot, un Condorcet, un Voltaire o un Montesquieu, se refleja en el papel asignado al perfeccionamiento del saber científico, de las técnicas así como de las leyes y de las instituciones y, en suma, del ordenamiento de la convivencia humana. Condorcet, paradójicamente, escribió su célebre **Esquise** en la clandestinidad, acosado por los sayones del Terror. Puso los puntos finales a este su Canto al Progreso cuando, descubierto y apresado, fue a acabar sus días en una celda carcelaria.

Aquellos otros confiados en el Progreso mencionados más arriba nos han hecho llegar aportes que todos los reconocemos como valiosos. En los escritos de Montesquieu afloran ideas morfológicas de tipo spengleriano; en sus "Discursos" Turgot, el brillante economista, expone la idea de progreso como "principio orgánico de la Historia"; para Voltaire, Progreso es la paulatina realización del ideal humano en la Felicidad al amparo de la Razón. Aquella, sin embargo, no sólo aparece esquivada sino de tal suerte ligada a las íntimas vicisitudes del Alma que, en esa subjetividad, elude un consenso general a través del cual sea dable medir esta forma hedonista de progreso.

4.- LA DE LOS CICLICOS. Fundamentalmente, son dos muy populares y popularizados filósofos de la Historia los que a esta corriente de pensamiento han conferido una difusión generalizada. Aludimos a Spengler y a Toynbee, cuyos aportes, sin embargo, difieren en varios aspectos fundamentales. Ello, no obstante, cuando apareció "La Decadencia de Occidente"

Toynbee, según nos dijo, pensó que cuanto él se proponía decir en su "Estudio de la Historia" había sido dicho. No se comprende bien el desaliento toynbeeano, pues en verdad, aunque cíclicos, los enfoques, no son coincidentes. El de Spengler es morfológico -determinista, en tanto que el de Toynbee, ya lo advertimos, es más bien espasmódico y no determinista. Luego, para Spengler cada Cultura, tiene un alma propia, diferenciada y única, que se expresa en formas de creatividad propias de esa Cultura: el arte apolinio helénico, las técnicas fáusticas occidentales, las matemáticas del mundo árabe mágico, etc. Toynbee, en cambio, describe no las manifestaciones del Alma en sus aporte creadores, sino, más bien, la correlación funcional entre ciertas actitudes, problemas y tendencias en el seno de una Civilización y el proceso de la misma. Así, por ejemplo, el papel estimulante del reto y la respuesta o el debilitante de la auto - idolización o el terapéutico del retiro y el retorno así como las circunstancias en las que aparecen las "iglesias universales", heraldos de nuevas civilizaciones, a las que alimentan espiritualmente.

El carácter espasmódico del proceso histórico en la forma de colapsos, a los que siguen recuperaciones y nuevos colapsos, que concluyen en una desintegración, tal como Toynbee advierte en su obra, se ve confirmado en el caso de la civilización bizantina, filial de la civilización europea - occidental. Curiosamente, Toynbee no acude a este ejemplo probatorio de su teoría (*).

5.- LA DE LOS ECLECTICOS. Agrupamos en ella a varios filósofos de la Historia tales como Karl Jaspers, Alfred Weber, Pitirim Sorokin, Ortega y Gasset, Miraval, Schubart, Teggart que, aunque eruditos y luminosos, sus aportes no proponen un determinado esquema sistemáticamente desarrollado. Otros, como Croce, Dilthey, Collingwood o Barraclough son, más bien, analistas de la "ciencia histórica" antes que sus filósofos.

(*). En efecto, a la expansión restauradora del Imperio bajo Justiniano (siglo VI) sigue el primer colapso y, luego, bajo los emperadores isáuricos (siglo IX) la primera recuperación. Al segundo colapso sigue una segunda recuperación bajo los grandes basileus Romano Lecapeno, Nicéforo Focas y, sobre todo, Basilio II (siglo X Y principios del XI) cuando el Imperio alcanza los límites máximos de su poderío, amplitud y prestigio. La segunda mitad del siglo XI fue de descabros. Hacia el final del mismo y hasta el siglo XII resurgieron las glorias imperiales bajo los Comnenos. A la acentuada declinación de la primera mitad del siglo XIII, siguió la recuperación, breve es cierto, de la edad de los Paleólogos para luego, en el siglo XIV, sobrevenir la desintegración que, con la ocupación de Constantinopla en 1453, se hace irreversible. En total, cuatro colapsos y cinco recuperaciones precedieron a la desintegración del Imperio.

LA NATURALEZA CICLICA-ESPASMODICA DE LA HISTORIA

Toda **tendencia** histórica no es, en buenas cuentas, más que eso: una tendencia cuya desarrollo asume por lo general una forma sinuosa, incierta, con recovecos y desvíos. Es menester rastrearla en el tiempo, percibir el sentido final de su dirección a través de un zigzagear muchas veces desconcertante.

Hoy, por ejemplo, la manifiesta tendencia hacia la ecumenización se ve coartada por un parroquialismo que en muchas de sus manifestaciones bordea el histerismo. Las estridencias nacionalistas revelan, en el fondo, que la institución del Estado nacional está, en efecto, ingresando en una etapa postrera en la que su arcaísmo se hará evidente. Sin embargo, a diario aparecen nuevos mini - estados al propio tiempo que afanes secesionistas amenazan resquebrajar algunas de las naciones que gozan de una tradición bien asentada; mientras otras se han visto divididas, como en el caso de Pakistán, de Alemania o de Corea. Todo ello parecería estar indicando que antes que un movimiento convergente, unificante y, en todo caso, acumenizante, los pueblos de la tierra tienden a la atomización. El número de estados conformantes de las así llamadas Naciones Unidas casi ha triplicado en el curso de sólo treinta y tres años.

Lo evidente es pues que el proceso evolutivo no es firmemente lineal. Semeja, más bien, el de los ciclos económicos, en los que nos es dado advertir que cada momento o coyuntura de

recuperación arranca de un nivel que es superior al de la fase de declinación que le precedió. No sólo habrán alzas y bajas en el movimiento histórico en Evolución sino que puede incluso tener lugar un eclipse, como el que sumió en tinieblas a las ciudades, las artes, las ciencias, etc., de Occidente entre los siglos V y IX o como el que amenaza al mundo de hoy en la forma de un holocausto atómico. ¿Quién nos dice que las grandes megalópolis, de las que tanto nos enorgullecemos y tanto admiramos no se verán convertidas en cenizas al cabo de esa contingencia que nada nos autoriza a desechar? Si en efecto se desencadenase sobre la esfera terráquea una gran guerra atómica, con artefactos fusionantes o escisionantes de isótopos atómicos, el proceso evolutivo de la Humanidad se vería retrasado acaso por un siglo, y no únicamente como consecuencia de la destrucción material y de una gran parte del acervo cultural acumulado en la **duración** del tiempo, sino debido a que, al reducirse la capa anímica planetaria se reduciría proporcionalmente el ámbito de irradiación espiritual fecundante, tanto en un sentido cuantitativo, debido a la decompresión demográfica, como en un sentido cualitativo como consecuencia del empobrecimiento cultural que seguramente, aunque no inevitablemente, acompañaría a esa catástrofe en la que el hombre aniquilaría su propia biosfera. Sin embargo, como en otros momentos de la Historia, resurgiría la Cultura de "las ruinas salvadas", al decir de Hegel. Resurgirán las ciudades de sus escombros -como resurgió Hiroshima-, con renovado brillo y esplendor, retornando el cauce evolucionista momentáneamente eclipsado.

En suma, el acontecer humano es una ordalia peripatética en la que un súbito golpe de muerte es una amenaza siempre presente. Un continuo tránsito del amor al odio, de la quietud a la zozobra, de la serenidad a la angustia jalona, bien lo sabemos, el destino de los mortales. Hay en él un eterno flujo y reflujo (el **yin** y el **yang** de los antiguos chinos), un retiro al que sigue un retorno, que es dable observar en el destino de los pueblos así como en el de los individuos.. Por lo general, son presiones externas las que obligan a levantar, por así decirlo, "cuarteles de invierno" desde los que, unos y otros retornan para asumir papeles distintos. Es el caso de Maquiavelo o de Clarendon, convertidos en historiadores al cabo de exitosas carreras de estadistas. Otras veces es el retiro la imprescindible condición previa de grandes empresas en las que tiene lugar una verdadera transfiguración, como en el caso de Jesús, de Gautama Buda y, en dos oportunidades, de Mahoma.

Las presiones externas derivan, comúnmente, de flaquezas que, en el caso de los pueblos, suelen asumir la de un "-dormirse sobre los laureles", de insensibilidades sociales, de perder contacto con la realidad -el "ponerse vendas sobre los ojos"-, de auto - idolización (en la forma, generalmente, del complejo de "pueblo elegido" o de un "destino manifiesto").

Cuando se pretende corregir las lacras sociales a las que la insensibilidad o la indiferencia dan lugar, es generalmente tarde. Tal el caso de Roma, que en el siglo III adoptó medidas propias de lo que hoy llamamos Economía del Bienestar, sin haber con ello logrado detener el golpe de gracia mortal que en la tenaza de una doble presión, externa e interna, procedentes de los proletariados en acecho, conduce a una sociedad hacia el angosto camino de su final desintegración.

Roma retornó, sin embargo, de su papel imperial secular para constituirse en el sitial desde el que habría de irradiar, no ya el poder de los Augustos y los Césares, sino el del pontificado ecuménico de una nueva y poderosa religión. El "pueblo elegido" israelí retornó de las diásporas para sumir el papel de pueblo guerrero e industrial.

Aquello de "las vendas sobre los ojos" también ha jugado en la Historia un papel considerable en el drama secular de la auto - destrucción, al haber oscurecido la visión de las realidades sociales o políticas, generando, en el primer caso, insensibilidades que constituyen la némesis del ego colectivo transformado en egoísmo colectivo y que, como hemos visto, cuando se pretende enmendar las injusticias perpetuadas la inercia del proceso puede más que un tardío despertar de la consciencia; luego, en el segundo caso, asume la forma de afanes mesiánicos surgidos de la convicción de que un "destino manifiesto" ha reservado a una sociedad un papel

imperial. El desengaño no tarda en manifestarse, como se le manifestó a Napoleón en 1812, a Alemania en 1918 y en 1945, al Japón en ese mismo año de revanchas.

Estas sinuosidades en las que se resuelve el proceso evolucionista de la Humanidad reflejan, simplemente, el hecho de que el personaje central de la trama es el propio ser humano veleidoso, mutable, impredecible, caprichoso y errático que, al proyectarse en un plano supra-personal, imprime al destino colectivo ese carácter peripatético que tan frecuentemente sume en tinieblas la marcha lineal, ascendente de la Humanidad. Dentro de ella, sin embargo, es dable detectar ciclos de diversa amplitud. Insinuamos ya la idea de que tales ciclos asumen, como en los de la Economía, una tendencia general ascendente. ¿No es posible que en el proceso de evolución espiritual del hombre, desde los días de Ur o de Jericó, hasta los de un insondable futuro, dentro del amplio marco de la Historia, sea dado establecer ciertas periodicidades de amplitud variable? Los ciclos Económicos se manifiestan en curvas de diferente amplitud: la secular; la de Kondratieff (de 40 a 50 años) ; la "clásica", de Juglar (de 9 a 10 años); la breve, de Kitchin i (3 a 4 años). Pues bien, en una proyección histórica de largo alcance tendríamos un ciclo de 150 años, en el que estaría incluido un colapso y una recuperación, como en el caso de Bizancio; un ciclo de 400 años que incluya dos etapas de colapso y, entre ellas, uno de recuperación (detectados en la obra de Toynbee); luego, el ciclo correspondiente a la vida de una civilización, de más o menos 2000 años (la civilización egipcia excedió un lapso de 3000); en fin, un ciclo de unos 6000 años que acaso corresponda a toda la Historia registrada hasta hoy y que -¿quién lo sabe?- abarcaría la desintegración de nuestra propia Civilización Occidental y occidentalizante. O, acaso, el comienzo de una planetarización llamada a brindar las bases anímicas y espirituales del gran proceso envolvente de la Humanidad en busca de su redención.

V. CONVERGENCIA

SU CONTENIDO, SUS PROYECCIONES, SU GRADO DE INTENSIDAD

La tendencia general no sólo hacia la planetización sino, debemos suponerlo, hacia la universalización, debe ser vista como la realización de una futura Convergencia de las almas humanas en la experiencia final y paroxismal de la Redención, en la que se completaría, en un final sublimante, la azarosa jornada humana a través de las edades. Al cabo de una larga noche de tribulaciones, la alborada de una palingenesia en la que la inefable Visión de Dios se haría accesible a todos. Es éste el sentido de la liberación y de la inmortalidad que, desde Platón hasta Bergson, han sido señalados como objetivos últimos del ser humano.

Al margen de estas aspiraciones finalistas, el hecho es que la deriva general hacia la Convergencia planetaria y universal refleja tanto la esfericidad del planeta como la del Universo, comprobada esta última en la trayectoria de la luz a través de los espacios siderales, cual lo anticipara Einstein. Esta realidad, empíricamente probada, responde en todo caso a una de las naturales aspiraciones del Alma hacia una racionalidad, hacia un orden y una simetría; hacia la Belleza reintegrada en infinitud y armonía, en lo Uno y lo Único. La idea del Cuerpo Místico de Cristo también refleja esta creencia de los hombres en que un proceso concéntrico deriva de energías anímicas latentes en todas las manifestaciones vitales de la especie.

LA PARTICIPACION MISTICA

Lo que el antropólogo Lévy –Bruhl llama "participación mística", que tuvo él ocasión de percibir entre las tribus del África, nos estaría revelando que si bien la Convergencia es un proceso concomitante con el de la Evolución, en realidad se manifiesta también en sus etapas incipientes; aquellas en las que el "inconsciente objetivo o colectivo", para emplear las expresiones de Jung,

preside las vivencias anímicas con mucho mayor vigor. La individualización y la diferenciación serían el producto de un excesivo desarrollo de la conciencia en respuesta a las exigencias, para ponerlo en una sola palabra de incierta connotación, del "progreso". En el sistema junguiano se enrostra a la civilización una hipertrofia de la conciencia en desmedro tanto del "inconsciente individual" como del "inconsciente colectivo". Es a este desequilibrio que atribuye Jung las neurosis y los desarreglos de la psique. El afán del hombre "racional" por desechar parte de su propio ser en homenaje al progreso científico, tecnológico, administrativo, etc., e ignorar su ancestro histórico en la capa más recóndita de la psique, en la que aparecen los arquetipos que han presidido en los avatares humanos, llegados hasta nosotros en una prodigiosa simbología y de la que proviene la riqueza mítica de todos los tiempos; sedimento de las primeras irradiaciones del Espíritu que tiende, entre los individuos, un nexo anímico unificante y convergente al que la Humanidad seguramente ha de retornar en la epifanía de una integración que será, esta vez, supra - consciente, pero que en sus ignotos alcances hallará, en las capas psíquicas más recónditas, vitales puntos de contacto en torno a la Verdad última y a la última realidad tan anhelosamente buscada. ¿Será el precio de esta epopeya del Alma un grado de indiferenciación, de anulación del "yo"? La respuesta, ya veremos más al respecto, es negativa. Si en la "participación mística" prevalece sobre la individuación un inconsciente colectivo autónomo que reduce casi a la nada una conciencia rudimentaria del hombre, a través de las edades ha pasado éste por todas las peripecias de la maduración reflexiva, al punto de haber peligrosamente extendido sus vivencias en desmedro de su equilibrio psíquico y esa es una experiencia enriquecedora que ha de preservarla como condición del proceso de Evolución que, en realidad, no podría ser eliminada y que está llamada a incorporarse al acervo general de una supra - conciencia que alcanzará la plenitud en la fecundación inherente a lo diferenciado, a lo heterogéneo y a la variedad de las experiencias humanas, a través de las diversas etapas o esferas de su realización.

LAS PRIMARIAS COMPRESIONES CONVERGENTES

En la realidad circundante la cohesión concéntrica se evidencia en dos instituciones en las que es ella condición no sólo de su éxito sino de sus posibilidades de supervivencia. Nos referimos ya a una de ellas: la **Ciudad**, mencionemos ahora la otra: la **Empresa**; ambas en estrecha relación funcional.

Esta última, en la variedad de sus formas y de sus cometidos, parecería ser, con la familia, la institución básica de la que, por así decirlo, el proceso convergente irrumpe en su trayectoria planetaria. Debe en efecto ser vista como un epicentro catalítico en el sentido de que en ella sus rigurosos, claramente definidos y más circunscritos objetivos y metas, dan lugar a una cohesión fuertemente estructurada que tiene además por requisito altos niveles de racionalización.

La Convergencia es, en efecto, un proceso que en sus proporciones globales involucra y comprende formas menores de centración pero que, precisamente por ello, son más vívidas, semejando esas esferas de variados tamaños y colores que encajan unas dentro de otras pero que, en su exterioridad, dan la impresión de que se trata de una esfera única y más voluminosa. En una familia alcanza el grado máximo de intensidad; le sigue la empresa, en la que el vigor de la fuerza convergente es mayor que en la ciudad, así como es en ésta mayor que en la nación. La cohesión en el ámbito nacional tiene la desventaja de una inadecuada compactación (considérense los numerosos casos de secesiones) sin que, por ello, alcance un grado de ecumenización. En suma, carece a la vez de intensidad y de proyección. Además, en la medida en la que el nacionalismo se manifiesta debilitado, en todo caso, la obvia realidad de su creciente anacronismo. Excede en intensidad, sin embargo a la que puede darse en integraciones de alcance supra - nacional, económicas o militares. Por ejemplo, puesto que están de moda, disminuye ella en los mercados comunes en contraste con la que prevalece en el ámbito de una nación. En la medida en la que sea superada, y sin duda lo será, sobre el parroquialismo habrán de prevalecer tendencias unificadoras ecumenizantes de mayor amplitud que las que hoy se nos ofrecen.

El grado de comprensión y la de las tendencias concéntricas varía, naturalmente, entre unas y otras naciones. Tomemos el caso japonés. Una isla pequeña densamente poblada inspira motivaciones y objetivos de tal suerte compartidos, en tan homogéneo consenso, que las fuerzas convergentes parecen actuar con el mismo vigor que en la Empresa. Ello explica la intensa consagración a una industriosidad absorbente y una dedicación casi fanática al trabajo en procura de finalidades compartidas en íntimas vivencias. En suma, el éxito del Japón es el de una comprensión humana espiritualizada sobre la avaricia del suelo; de las infinitas elasticidades del Alma sobre las inevitables inelasticidades de la Madre Tierra.

El efecto energizante de conglomerados humanos firmemente cohesionados ha sido advertido por varios de los sociólogos clásicos tales como Cournot, Durkheim o Levy -Bruhl. De ahí que cuando es a seres humanos que aludimos debemos olvidarnos de la aritmética, interesada como está en la suma de las magnitudes, para recordar más bien la sinérgica merced a la cual el añadido total de almas humanas es de una magnitud superior a la del número de éstas.

El efecto sinérgico de los conglomerados humanos ha sido mencionado una y otra vez. Ello indicaría que en un grado de promiscuidad y no de aislamiento es que debemos ver la verdadera fuente de la creatividad. Sin embargo, como da Vinci solía decir, el ser humano en soledad encuentra su plenitud es mucho más su propio ser. No nos quepa duda que, en cierta medida, ello es cierto, bien que es no menos cierto que un ego efímero corre el riesgo transformarse en egoísmo excluyente y limitante. El potencial creativo del Alma aislada y solitaria es limitado y sólo en la coexistencia puede ella, en proyección y en interfecundación, lograr la plenitud en que una realización pletórica le brinde las satisfacciones a las que aspira. Hay, naturalmente, formas de creatividad humana que excluyen, en forma radical o parcial, una u otra de estas modalidades de realización. Tal el caso de los aportes filosóficos, teológicos, la novela y, por lo general, la música y la pintura bien que, sobre todo en esta última; por ejemplo, en el caso de murales, lo usual es la coparticipación de más de un artista. El inventor o investigador solitario resulta una figura anacrónica. La inventiva moderna, producto del gran esfuerzo, munificentemente dotado por gobiernos, instituciones y empresas, de la Investigación y el Desarrollo es, en su esencia y sentido, un empeño mancomunado de amplio alcance.

LA GUERRA

Hay un tipo de empresa que, por su naturaleza, compromete, muchas veces coercitivamente, y en escala muy vasta, el concurso de un gran número de individuos, siendo ésta la más antigua de todas las empresas que la imaginación y las voliciones humanas hayan concebido. La que tenemos en mente, habrása ya sospechado, es la empresa guerrera. La dramática intensidad del objetivo que en ella se persigue la reviste, naturalmente, de épicos alcances. De ahí la majestuosa significación que en las páginas de la Historia se le asigna a este secular empeño humano.

Fueron las experiencias de Teilhard como camarillero en las líneas de avanzada durante la Primera Guerra Mundial las que primero invocaron en su espíritu la sensación y la evidencia de la proyección que, en verdad, asume el potencial humano anímico en efervescencia comunitaria y que es la de una centración envolvente poderosamente sinérgica.

UNIDAD EN LA DIVERSIDAD

Al considerar la Evolución aludimos al carácter sinuoso de su trayectoria, sus alzas y sus bajas, sus desvíos y sus caídas, en suma, el ritmo espasmódico y cíclico que asume, aunque, sin embargo, su tendencia secular sea ascensional. Pues bien, al ocuparnos de la Convergencia no podemos menos que advertir otro género de realidades que, sin embargo, como un transfondo

común a ambas, determina o contribuye a determinar, en el caso del proceso evolucionista, ese carácter espasmódico y al parecer incierto que le distingue; en tanto que en la Convergencia, la heterogénea variedad de circunstancias y, aun más, de polarizaciones y antinomias que la gran fuerza universalizante integradora logra, en definitiva, reconciliar merced a la dialéctica, en la que debemos ver una exigencia espiritual dictada por las necesidades de la Evolución espiritual y aun por las del sentido estético inherentes al hombre, satisfechas mucho más por tendencias envolventes integradoras que por las de la dispersión informe y caótica. Consciente o inconscientemente la Humanidad logra la reconciliación y la síntesis en un orden conceptual siempre superior merced a esa universal tendencia dialéctica que los diálogos de Sócrates advertían, que Zenón de Elea anticipaba, que Platón desarrolló, así como los neoplatónicos y que Hegel, Engels y Marx le brindaron su moderna estructura conceptual en relación con ciertas grandes realidades dentro de la temática filosófica de Occidente.

La unidad subyacente en las antinomias puede ser advertida en las siguientes situaciones:
1) Acaso el opuesto sea la **necesaria** fuerza compensadora, **countervailing**) que el proceso de creatividad requiere por estar basado éste en retos que demandan una respuesta, en conflictos estimulantes y, al final, en una reconciliación fecunda (*). 2) El "opuesto" bien puede ser la otra fase de una misma realidad, el reverso negativo de un anverso positivo; tal el caso del odio respecto del amor; del Bien respecto del Mal. 3) Puede, asimismo, tratarse de una secuencia desintegrante y degenerativa de una fase que, en su momento de plenitud, reflejó el sentido y la necesidad del proceso evolucionista en ascenso; así, la belleza y la salud que degeneran en fealdad y en decrepitud. Esta involución aparece por supuesto, no únicamente en las personas sino, de continuo, en las instituciones. 4) Puede también tratarse de una secuencia de fases o ciclos mutuamente interdependientes, como en el caso del día que sucede a la noche o viceversa; o la muerte a la vida, en la que ésta se prolonga, aunque en circunstancias distintas. En el plano de las realidades materiales, las depresiones Económicas, en las que previas etapas de expansión y crecimiento, son corregidas, reajustadas, decantadas, por lo que tienen aquellas un manifiesto y necesario efecto terapéutico en el proceso en su conjunto.

(*). El mayor de los conflictos, cuyo dramatismo jamás podrá ser superado y que viene desde la alborada de los tiempos para proyectarse en infinitud, es el reto de Satanás a Dios. El siempre presente Satanás; más todavía, mucho más que Dios mismo; porque se dirige a los instintos en la variedad de sus manifestaciones en el ámbito somático del ser. Digamos de una vez, las incitativas de Satán son difíciles de vencer porque son más universales, persistentes e invocan sensaciones y apetitos directamente sentidos y vividos por seres humanos que, al fin y al cabo, existen bajo el yugo acosante de sus instintos y sensualidades, en tanto que los mensajes de Dios, que se dirigen al Alma, atraviesan un trabajoso proceso de transmutación no fácilmente accesible y que, desde luego, en sus alcances paroxismales, sólo compromete a los elegidos. Bien visto, este es el mayúsculo problema, que acosa a la Divinidad y a la Humanidad a través de todos los tiempos.

LA AMBIVALENTE REACCION ANTE LA COMPRESION HUMANA

La compresión humana -aquella que tiene lugar en una gran ciudad- reviste, como se ha sugerido, un efecto estimulante sobre el ser humano que en ella participa. Este, en medio de las muchedumbres en las calles, en los subterráneos, en negocios y oficinas, se siente potenciado y proyectado merced al efecto sinérgico inherente al hacinamiento. Experiencia satisfactoria y altamente estimulante en la que se vibra en plenitud y remozamiento, en anticipación fructificante de una realización más plena, vital y vitalizante, que es toda euforia e intensidad siempre que aquella comprensión sinérgica no impida que lleguemos tarde; no impida que dispongamos de asiento y comodidad en locales y en medios de transporte; siempre que no nos veamos apretujados, empujados o pisoteados por una muchedumbre embravecida; siempre, en fin, que todo huelga bien y que ese conglomerado humano en el que nos vemos inmersos esté compuesto de gente vigorosa y bien vestida. Tales requisitos, desgraciadamente, no siempre -antes por el contrario- casi nunca, son satisfechos de suerte que suelen las compresiones humanas

estimulantes del Alma, invocar antes que un afán de participación una tendencia claudicante de retirada, de huida y prescindencia, que Teilhard describe en términos acres: "Ese trato desagradable, esa fricción continua entre individuos tanto más extraños o antipáticos los unos para los otros cuanto cada vez son más numerosos... ¡Somos demasiados sobre demasiado poco sitio!" Luego añade algo todavía peor: "Mucho tiempo, y aún en la actualidad, soy refractario al amor al prójimo... El otro", no sólo el pobre, el cojo, el deforme, el imbécil... sino sencillamente el 'otro', el 'otro' sin más... ¿Sería sincero diciendo que mi reacción instintiva no es rechazarlo? ¿Que la simple idea de entrar en comunicación espiritual con él no me es desagradable?" ("La Actividad de la Energía").

La razón de ello reside, fundamentalmente, en que si bien queremos a la Humanidad como tal, la verdadera implicación de ese amor difuso, disperso, despotencializado es la que se manifiesta despojado de los signos del amor en su intensidad emocional y sublimante, que es por naturaleza tolerante y discriminatorio, tangible y personalizado. De ahí que al decir que es a toda la humanidad que queremos lo que en verdad significamos es que a nadie queremos de veras. Nuestra intolerancia en medio de las muchedumbres es de ello una prueba. ¿Acaso comprendemos y simpatizamos con las ansias que mueven a tales muchedumbres en sus erráticos impulsos?

INTERFECUNDACION EN EL TIEMPO Y EN EL ESPACIO

Advertimos ya que en la corriente del acontecer no se dan verdaderos "cortes" ni eclipses totales. La epopeya humana es un vívida cadena de episodios en perenne fecundación en el tiempo, de "acumulación" en la **duré** así como de interfecundación en el espacio. La civilización Occidental europea - americana, bien lo sabemos, recibió en sus primeros tiempos aportes fructificantes helénicos - minoicos (o minoico - helénicos), egipcios, siríacos, islámicos. En realidad, toda la estepa euroasiática constituyó un inmenso centro de interfecundación cultural entre sus vastas penínsulas de India, China y Europa. Sólo dos islas: América y África quedaron al margen de estas grandes corrientes, para incorporarse a ellas en fecha posterior, en la medida del desarrollo de las comunicaciones a partir del siglo XVI. Fue entonces que comenzó a surgir una **Oikoumene** cultural en cohesión e integración que ya perfila y anuncia la centración convergente de la Humanidad. La poderosa interfecundación en el espacio, un espacio cada vez más compacto en proporción al acrecentado número de sus moradores, tanto como en función de los desarrollos tecnológicos, se añade ahora y fortifica la interfecundación en el tiempo. Ambas se complementan, estrechando los lazos entre las antípodas. La sociedad humana, en suma, es ahora una y única en el tiempo y en el espacio.

CONVERGENCIA DEL PODER

Ha sido éste uno de los grandes catalíticos y potenciantes factores en acción en la Sociedad. La convergencia, tanto política como Económica (*) en dirección de una forma monopolística de competencia en ambos campos, ha tenido un impacto considerable y ha estimulado el proceso de crecimiento y desarrollo; en última instancia, de Evolución. No siempre ha redundado ello en beneficio del bienestar colectivo a corto plazo, aún más, es posible que haya ido en su detrimento. De ahí nuestra ambivalencia frente a las tendencias acumulativas, que anticipan

(*). La dinámica Económica así en el ámbito nacional, regional como internacional manifiesta una secular tendencia circular acumulativa y distorsionadora en favor de ciertos epicentros. Tal el caso de las ciudades y de los países de alta capacidad productiva de tipo industrial - tecnológico. De ahí que la concentración Económica, en ciertos núcleos de poder deriva de esta mecánica acumulativa inherente al proceso de la Economía y cuyo efecto catalítico e irradiante, a la par que desequilibrante entraña un alto potencial creador. Logrados los efectos de éste, es a través de arbitrios institucionales que, en forma deliberada y sostenida, se pretende corregir las distorsiones potencialmente corrosivas en el campo social a las que las tendencias concéntricas Económicas contribuyen tan evidentemente.

futuras expansiones o ante los afanes redistributivos -o distributivos- en procura del Bienestar. El enriquecimiento, concentrado, como inicial condición de progreso, tiene sin duda un alto precio en sufrimiento humano como consecuencia de las injusticias y de las insensibilidades inherentes a los instintos depredadores del ser humano que, sin embargo, alberga en su alma las semillas del crecimiento y de una tendencia innata hacia el evolucionismo que Dios, sin duda, ha plantado en ella.

HACIA UN SINCRETISMO RELIGIOSO

El hecho es pues que el proceso convergente está en marcha; claramente en la esfera política y en la Económica: mercados comunes, pactos de diversa índole con finalidades de uno y otro género, inmensas empresas multinacionales que entrelazan las economías de todos los países del mundo; unifican, estandarizan, nivelan las formas y manifestaciones del gran proceso mundial socio-económico. Se revela también en un solidarismo internacional que no por estar más al servicio de un "egoísmo ilustrado", deja de ser esencialmente unificante.

Sea como fuere, si más latente se muestra esta ecumenización en los campos Económico y político, hay atisbos de ella en un campo que es crucial para su plena realización: el religioso. Veamos, en efecto, cómo las iglesias cristianas tienden a forjar lazos unificantes y la popularidad de que disfrutaban creencias y prácticas religiosas orientales en Occidente. Hay, sobre todo, un consciente esfuerzo hacia un sincretismo religioso en muchos centros de estudio e indagación, uno de los cuales es el de Tantur, ubicado en una colina desde el que los seminaristas en el Instituto Ecuménico de Estudios Teológicos Avanzados divisan tanto Jerusalén como Belén. Allí tiene lugar un diálogo que llega al fondo mismo del encuentro entre las religiones y las denominaciones. Significativo y auspicioso es el hecho de que estos tanteos ecumenizantes en dirección de un sincretismo enriquecedor, condición esencial de la Convergencia, tengan por escenario la Tierra Santa de los cristianos.

Surge la pregunta: En esa luminosa síntesis, ¿cuál habrá de ser el Credo en torno al cual ha de realizarse?; ¿cuál su ingrediente vitalizador? Poco es lo que iluminadoramente podemos al respecto decir por cuanto hemos hecho nuestro uno de los credos y, por ende, carecemos de objetividad. Podemos, no obstante, ser lo suficientemente realistas como para advertir que la relativa declinación demográfica de los creyentes cristianos acaso ha de negar al cristianismo la preeminencia que le auguramos. Entre las naciones demográficamente en explosión sólo las de Latinoamérica profesan en ella.

Lo evidente, en todo caso, es que un tal sincretismo habrá de estar inspirado en un hondo **deísmo** -Dios, Alá, Jahvé- no importa su nombre, lo importante es alcanzar la cima en la variedad de las experiencias religiosas, como diría William James.

Claro está, no es posible desconocer cuánto más difícil de fecundar allende los límites de las diversas civilizaciones son las irradiaciones de tipo religioso que las de tipo Económico o tecnológico. Al respecto, Toynbee propone una "ley" según la cual "el poder de penetración de una banda de radiación cultural está, por lo general, en razón inversa del valor cultural de la banda". Parece evidente la validez de esta ley puesto que reposa sobre la innegable realidad de que en el alma de los hombres hay jerarquías de valores y que mientras más entrañables los lazos que les ligan a ellos, más difícil será exigir claudicaciones y renunciaciones, así sean parciales. No hay duda de que si en efecto ha de tener lugar ese sincretismo, al que la Humanidad debe aspirar, hay que suponer que la marcha hacia él exigirá grandes sacrificios y heroicas renunciaciones.

Esta dificultad está directamente vinculada a la de si es dable avisorar un único credo ecuménico que sea capaz de satisfacer la variedad de los tipos psicológicos en la especie humana

-la que, a su vez, entraña la exigencia de una variedad de experiencias religiosas (*). Claro está que si pensamos que la irradiación de bandas espirituales y esta diversidad de tipos psicológicos constituyen vallas infranqueables, la Visión misma de la Convergencia tendría que ser descartada como ilusoria; y si se nos exigiese tal renuncia se estaría al propio tiempo invalidando los presupuestos sobre los que reposa el escepticismo acerca de las posibilidades de irradiación e integración como requisitos funcionales, por así decirlo, del proceso universalizante inherentes en la mente y en el Alma humanas.

En qué medida las cuatro grandes iglesias hoy existentes en el mundo: la cristiana, la budista -mahayánica, la hindú y la islámica, constituyen "variaciones de un único tema" (Toynbee), siendo ese tema el de la idea de un Dios compañero y misericordioso, es un asunto que, sin desconocer el alto grado de coherencia que entre ellas es dable percibir, no estamos capacitados para elucidar -para aceptar o negar la presunción del filósofo -historiador- que le induce a suponer que "si los cuatro componentes de esta celestial música de las esferas pudiera oírse simultáneamente en la tierra y con igual claridad, el feliz oyente humano estaría escuchando una música no discorde sino armónica" ("Estudio de la Historia" VII). Lo que sí podemos es advertir una vez más la influencia creciente que prácticas y credos orientales ejercen en Occidente, al propio tiempo que la semilla misional cristiana en Oriente nunca dejó de fructificar en grado mayor o menor. Aún más, podemos suponer que este esfuerzo misional cristiano ha de intensificarse en la medida en la que el mundo se occidentalice, acaso compensándose en el fervor de ese empeño, la declinación demográfica del cristianismo en términos relativos.

(*) "Cada una de las religiones superiores vivas y cada una sus principales sectas está en armonía con algún tipo psicológico y subtipo particular" (Toynbee). Debemos reconocer que esta afirmación se ha visto sometida a críticas por el teólogo Wight. Sin embargo, podemos suponer que en cada instante de la Historia, las irradiaciones del Espíritu, transmutadas en devociones, iluminan las almas de los hombres con destellos de la Verdad total.

LA TENDENCIA CONVERGENTE DEL GENE

Los modernos pioneros de la Sociobiología nos explican que los genes, aquella parte de las células vitales encargadas de transmitir y perpetuar lo hereditario en la especie, tienden a la Convergencia en el sentido de que actúa en ellos un solidarismo instintivo y arraigado; aún más, un altruismo que alcanza los extremos de la auto - inmolación en defensa de los demás miembros de la propia especie. El afán de perpetuación del clan, en torno al cual cierra un anillo protector en función concéntrica, rebasa todo individualismo.

Podemos ver en esto una primaria manifestación del amplio proceso convergente en marcha en el universo; tenemos en ella una de las tantas esferas que, dentro de otras de amplitud mayor, van dando forma al movimiento envolvente en la biosfera en proyección noosférica. Es ésta una manifestación instintiva somática que se da en las especies inferiores no menos que entre los seres humanos; en las aves que, a costa de su propia vida, lanzan el graznido de alerta para los compañeros de vuelo del mismo gene ante la amenaza que sobre la bandada se cierne.

Vemos pues que en las formas zoológicas en etapas intermedias se anuncia claramente la tendencia general hacia la centración como arbitrio de supervivencia que satisface, en su alcance planetario, la aspiración holística unificante del alma en busca de un sentido y de una proyección pero que, en sus formas elementales, es un principio de perduración.

CONVERGENCIA ANIMICA EN EL HOMBRE

Comienza ella en su propia interioridad, en un enriquecimiento y conquista del Alma hasta un punto de incandescencia en el que, potencialmente, se alcanzaría el conocimiento de la **realidad última**; consciente o inconsciente anhelo del hombre y que, sugería Teilhard en sus conferencias de Shanghai en 1943, quizá le brinde la posibilidad de triunfar sobre la muerte, esperanza que Bergson alentaba que, recordémoslo, Platón veía como el final del proceso anímico de contemplación estética en el universo. En todo caso, esa Convergencia anímica de la especie hominizada es producto de una "envoltura psicológica" que, a diferencia de lo que ocurre en las otras especies, no es particularizada sino esencialmente totalizante y universalizante. Si el psiquismo de un tigre, observa Teilhard, no es el de un ave o de un caballo, el del hombre, en cambio, es convergente, esto es, hállase por encima de las diferencias de razas, de pueblos o naciones en los que la especie humana se divide, pero a los que logra comprender y a los que se adapta anímicamente, (aunque no los ame). Convendría añadir que es en esa posibilidad anímica compenetrante y complementante que encuentra el hombre la plenitud de su realización al abarcar la totalidad de las experiencias y hacer frente a la multiplicidad de los retos. "No, el individuo no agota en sí las posibilidades vitales de la razón". Luego añade Teilhard: "...de la misma manera en la que en una flor las piezas del cáliz, de los sépalos, de los pétalos, los estambres, el pistilo no son hojas, pero llevan en sí cuanto habría conformado una hoja, en la inflorescencia humana están dadas las vías de transformación, no sólo de la estructura individual de los órganos, sino de las tendencias del Alma" ("El Fenómeno Humano").

REQUISITOS DE LA CONVERGENCIA: COMPLEJIDAD Y SOCIALIZACION

Hemos notado ya que un alto grado de complejidad es condición de la Convergencia, al implicar ésta la conformación de una Supra - consciencia en la cual miles de millones de seres humanos estarán llamados a desempeñar el papel que, en el logro de la consciencia individual, desempeñaron miles de millones de células cerebrales (*) en compresión concéntrica. No hay razón para que dudemos de que una determinada modalidad de fecundación o de estructuración en un estadio inferior de un proceso no ha de duplicarse en otro en una fase o una esfera superior o más amplia. Por el contrario, todo debe inducirnos a pensar que en ésta las condiciones de aquella han de repetirse.

La idea de la relación funcional entre la complejización y el alumbramiento de la consciencia reflexiva es uno de los grandes aportes ontológicos de Teilhard.

Ahora bien, implícita en esta tendencia convergente de la humanidad está la de una socialización que, sin embargo, como advertimos en otro momento, no anulará la individualidad ni la heterogeneidad que asimismo, está en lo esencial de la Convergencia, en tanto que en ésta debemos ver un proceso cohesionador, unificador e integrante de la diversidad de las manifestaciones de la experiencia vital humana y que se realizan en la secuencia de etapas del proceso evolutivo en dirección concéntrica. En todo caso, el Alma alerta y receptiva a la fructificante acción de las irradiaciones del Espíritu, debe mantener abiertas todas las opciones y en efervescencia todas las alternativas.

(*) Freud considera que el individuo es una "célula" dentro del conglomerado social y que cada persona lleva en si, al menos potencialmente, las características esenciales que se encuentran en todas las restantes". (**Group Psy. chology and the Analysis of the Ego**).

EL SENTIDO FINAL DE LA CONVERGENCIA

Dios no nos habría hecho copartícipes de Su Alma y no nos habría dotado de capacidad reflexiva si Su designio hubiese sido mantener a la especie humana en el nivel de las bajas formas orgánicas. Es manifiesto que esa Gracia Divina tiene por finalidad brindar las condiciones necesarias para que la circunstancia eficaz de la creatividad planetaria, que es el cuerpo humano, del que deriva su ciudadanía terrenal, pueda, en alas del Alma, remontarse acudiendo a Su llamado final, que no es sólo para este mundo sino también para el otro.

Si bien la aparición de formas vivientes en el planeta es un hecho surgido del más puro azar, según Jacques Monod nos explica; ese azar sospechoso se transforma en Evolución deliberada desde las primigenias manifestaciones en las que, sin embargo, anida la vida, hasta la hominización en la que tanto la visión de conjunto como la complejización que ilumina la consciencia y la capacidad reflexiva tienen lugar. Es a partir de esa azarosa hazaña primigenia que se realiza un proceso inflexible, por gradaciones, en dirección al alumbramiento de la consciencia. Sea como fuere, lo evidente en todo ello, en el **azar** primigenio y en la **necesidad** evolutiva, es que los designios de Dios exigen la búsqueda, en nuestro escenario planetario -acaso en otros- de socios a los que hace partícipes de su Alma, con la promesa de un retorno a ella al cabo de una trabajosa ordalía.

Resumiendo: si bien la vida en el planeta ha surgido del más puro azar, según nos explican, ¿no es acaso sospechoso ese azar en el sentido de que lo tenemos por tal dentro de los estrechos límites de nuestra propia cognoscencia? En todo caso, ese supuesto azar se ha proyectado en la **necesidad** de un proceso de Evolución que, en su esencia, es de redención en busca de que aquella promesa de retorno al origen divino del Alma humana se vea realizada. Acaso esa necesidad evolutiva no esté implícita en los "primeros principios", según nosotros los vemos, o que pueda ser deducida de ellos, pero lo evidentísimo es que en una primera etapa biológica las formas vitalizadas primigenias se transformaron en una especie hominizada de compleja estructura, y en la que, en virtud de esa complejización, alumbró en ella una consciencia reflexiva fructificadora de su potencia anímica, de la que participa Dios y en la que irradian las luminosidades de Su Espíritu. Es merced a este proceso que es dable llevar a cabo el simbiótico esfuerzo Divino - humano de potencialización terráquea. En la ausencia de él, del azar o la necesidad que lo puso en marcha, el Espíritu estaría ausente del planeta. ¿Cuál es la proyección de este proceso?

Si en las capas inferiores más profundas de la consciencia, en esa subconsciencia con tanto empeño explorada por los geólogos del alma hay, según Jung, un subconciencia colectivo insuflado de aún más vigorosas presiones, que las subconsciencias individuales nutren y vitalizan a través de los tiempos, ¿no es lógico suponer que de la Consciencia pueda surgir, que en realidad **debe** surgir, una Supra - consciencia capaz de prevalecer sobre los dictados de la limitada, episódica individualidad fluctuante y errática? Es a través de esa Supra - consciencia que nos será dado augurar que la capa anímica de la humanidad en compresión y sublimación (merced a la deriva general hacia la noosfera) se reintegrará en el Alma de Dios, de la que surgiera como instrumento pasivo y de transmutación de la espiritualidad actuante en el Universo. ¿No es éste el sentido de aquella avisorada palingenesia de una Resurrección de los muertos y de un Juicio Final? En todo caso, podemos en ese reencuentro ver la meta última de la Historia y su **raison d'etre**.